

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 279

BUENOS AIRES, FEBRERO 29 DE 1928

El ejemplar
20 Cts.



MOISÉS. —Yo, conduje la lucha contra el Faraón y han hecho de mi nombre un símbolo de derecho y orden.

JESÚS. —Yo arrojé a los sacerdotes del templo e hicieron de mi rebelión una religión de sacerdotes.

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

D. A. DE SANTILLAN: En torno a la crisis y a la superación—RUDOLF ROCKER: Cuestiones económicas—LUIGI FABBRI: Los primeros albores libertarios. El Renacimiento
MAX NETTLAU: Algunas reflexiones sobre la autoridad—JEAN GRAVE: Para que se realice la sociedad del año 2.000—M. PERROT: Reflexiones sobre las relaciones de la moral y de la enseñanza—R. MELLA, La Nueva Utopía—LEDA RAFANELLI: La gran "Krumira"—
P. GODOY: La Irlanda—EMMA GOLDMAN: El drama moderno: Un poderoso propagador del pensamiento avanzado—Gulida de amigos del libro
BIBLIOGRAFIA

D. A. DE SANTILLAN

En torno a la crisis y a la superación

Vivimos desde hace varios años bajo el peso abrumador y desconcertante de una crisis que no sabemos cómo calificar, pero que nadie pondrá en duda ni en sus caracteres internacionales ni en su profundidad. El aire viciado de las desviaciones mentales, de las corrupciones del carácter revolucionario llega a veces a sofocarnos, a ser irrespirable.

Aun refugiándonos en el terreno de las ideas, aun esforzándonos por abstraernos de las miserias cotidianas, aun cerrando intencionalmente los ojos a las realidades desconsoladoras, no siempre logramos sobreponernos y conservar la serenidad de espíritu necesaria para contemplar por una parte los avances aniquiladores de la reacción en sus mil formas y por otra la situación indescriptible de impotencia y de crisis del movimiento de la libertad.

La situación sería menos trágica y dolorosa si se tratase de otro movimiento y de otras ideas, pero tratándose del movimiento anarquista, que por su esencia y su posición estaría llamado a encabezar la verdadera ofensiva contra el autoritarismo invasor y absorbente, su persistencia en la crisis que lo reduce a la impotencia desde hace años, es un desastre de alcances incalculables para el progreso social y para la cultura.

El dolor es tanto más hondo cuanto mayor es la conciencia del valor de nuestras ideas y nuestros métodos para la solución de todos los problemas sociales, políticos y morales planteados a la humanidad, ante los cuales han fracasado todas las otras soluciones más o menos progresivas hasta ahora y fracasarán seguramente en lo sucesivo.

En estas mismas columnas han aparecido páginas de alarma sobre la descomposición del movimiento anarquista, llamando a la cordura y a la reflexión a todos los amantes de la libertad. Hombres internacionalmente reconocidos en nuestras filas han expresado ya sus inquietudes y sus temores y han pugnado por buscar un remedio. El mal no podríamos atribuirlo a los funestos personalismos, que son una consecuencia, sino a causas más profundas y que tienen sus raíces en los desequilibrios mismos de la época en que vivimos. Una atmósfera de veneno ha venido a perturbar la mentalidad humana después de la guerra; estamos pagando culpas viejas, que no siempre nos son personalmente atribuibles.

El mal, hemos dicho, es internacional. En este país se ha manifestado, con el furor que ahora constatamos en otras partes, primeramente, y somos hoy tal vez los más próximos a encontrar

una salida, a dar una solución a la crisis. ¿Cómo? ¿Cuándo? Nada sabemos. Lo que sabemos es que se siente en un número de compañeros cada vez más grande la necesidad imperiosa de respirar un aire más puro y de volver a las actividades proselitistas y revolucionarias.

Porque si no nos ciega el amor propio o el puntillo de honor, nada debe impedirnos reconocer sinceramente que hemos vivido años enteros en que nuestras luchas no sólo no beneficiaron a la anarquía, sino que le perjudicaron directamente. En realidad nos habíamos dejado llevar por la defensa apasionada, o el ataque igualmente apasionado, de hombres y de instituciones, confundiendo con mucha frecuencia a estos con la anarquía.

Hubo momentos, es verdad, en que la defensa de nuestras instituciones representaba una verdadera defensa de las ideas, en que el ataque a tales o cuales personas significaba una lucha contra degeneraciones efectivas del movimiento. No vamos a negar aquí la eficacia de muchas contiendas de años pasados. Lo que decimos es que poco a poco, en la defensa de tales o cuales instituciones, en el ataque a tales o cuales hombres se ha ido perdiendo de vista para el gran número que por encima de las instituciones y de los hombres está la anarquía. Se ha llegado a posponer la idea a la institución o al hombre que dicen representarla. Y así van las cosas. Las escisiones se multiplican, todos los vicios de una herencia milenaria se han puesto al descubierto en cuanto hemos escarado un poco en la débil costra dejada en el espíritu por la propaganda revolucionaria.

Un día hemos tenido que salir al frente a aquellos que por bajos odios personales o por pasiones viles habían degenerado hasta el punto de sostener que había que deshacer y destruir la propia obra, el esfuerzo de un cuarto de siglo de sacrificios; hoy debemos advertir a los propios amigos, que en el fragor de esa lucha defensiva lo han olvidado, que ninguna institución, por preciosa que sea, vale más que la idea anarquista misma. Y decimos esto porque en lugar de haber diferencias de opinión, en lugar de estar divididos, si la división es necesaria, en base a interpretaciones distintas de ideas y de tácticas, la división y los odios se manifiestan en función de la adhesión a tales o cuales hombres o a tales o cuales organismos.

Esta anomalía es insostenible, y sobre todo no hemos de ser nosotros los que vamos a contribuir a sostenerla. Vemos el mal en toda su magnitud y todas las heridas personales, todas

las vanidades lesionadas, son asuntos demasiado pequeños como para atrincherarnos en ellos y mantener la guerrilla funesta en que la derrotada será siempre la anarquía.

La crisis debe ser superada volviendo a poner por sobre toda otra consideración la lucha y la propaganda anarquistas. Las ideas son en este caso el bálsamo para todas las heridas, y tienen la virtud regeneradora que en vano buscaríamos en otra parte. Una línea de conducta irreductible, un carácter indomable que sigue fiel a los postulados teóricos y prácticos del anarquismo, tiene por la fuerza de las cosas que imponerse, que señalar a los extraviados el rumbo, el verdadero camino. Tarde o temprano el buen sentido tiene que volver por sus fueros, y entonces se comprende toda la nimiedad y la insignificancia de contiendas en que se derrochaban energías enormes y en las que las ideas no intervenían más que como taparrabos de bajas pasiones.

Pasarán meses, pasarán años, pero, si en lugar de entretenernos en echar leña en el fuego de las discordias internas, una labor que antes desempeñaban los provocadores a sueldo de la policía, nos dedicamos a una verdadera propaganda ideológica, sin mirar hacia atrás ni husmear a la puerta del vecino, volveremos a conocer la voluptuosidad de la lucha contra el enemigo capitalista y estatal y a saborearla sin las amarguras de las contiendas estériles.

Lo hecho está hecho; la historia y no nosotros se encargará de juzgarlo, de dar la razón a quien la haya tenido o de quitárnosla a todos. Pero ahora es tiempo ya de convenir en la urgencia de una propaganda más elevada y más pura. Si es que continuamos reconociendo los fundamentos de la anarquía, si es que conservamos la fe en las ideas de la libertad plena y sin trabas, dediquemos el encarnizamiento que hemos puesto en las luchas intestinas a combatir el enemigo común, desde cualquier sector en que estemos y según las posibilidades a nuestro alcance. Si en ese terreno de la propaganda, en que los esfuerzos convergen a un resultado benéfico para todos, no hallamos la ruta perdida, hay como para desconfiar del porvenir.

Compañero, cualquiera que seas! Piensa que nosotros somos transitorios, pero que la anarquía debe quedar en su puesto. Da tú adhesión solamente a aquellos que, según tu clara conciencia y tu capacidad de comprensión, están en el camino de una propaganda sana y fecunda. Y mejor aún: no te adhieras a nadie, sé tú mismo. Ten siempre la conciencia por guía y la sinceridad por norma suprema. Es con esos valores positivos que ha de ser superada la triste y larga crisis del movimiento.

Vivir con el fantasma del enemigo del propio campo, a la larga no es posible. El enemigo está siempre en las fuerzas del capitalismo y del Estado; y en la lucha contra ese enemigo hay que forjar los elementos de la educación revolucionaria para destruir el presente régimen de oprobio y abrir la vía hacia la humanidad libre.

Bienvenida la discusión de ideas y de métodos, bienvenida la emulación y la divergencia de criterios; del choque sale la luz. La verdad no es monopolio de nadie; ni la fuerza bruta del fascismo ni el vigor intelectual más aplastante han podido aprisionarla. La verdad es de los que la buscan con amor y con sinceridad, no es nunca de los que creen poseerla de un modo absoluto y exclusivo.

Una mirada al presente estado de cosas, con su cúmulo de dolor y de desconsuelo y una voluntad tendida como una flecha hacia el porvenir. He ahí una solución. Vivir para la anarquía, para la realización de nuestras ideas, incommovibles en nuestra fe, ajenos a todas las desviaciones del carácter, a todas las degeneraciones del ideal. Hacer de la anarquía, no sólo una bandera de lucha, sino una expresión de la conducta del hombre, un principio de ética individual. Eso queremos, Hacia eso vamos.

¿Obstáculos? Los habrá siempre. Pero la revolución está en eso, en avanzar hacia una meta de superación, transformando el ambiente que nos rodea después de superarnos y de transformarnos a nosotros mismos en la dirección infinita de la inalcanzable perfección. Ser mejores cada día, obrar por la superioridad de nuestra moral, por la ejemplaridad de nuestra fe, persuadir con el ejemplo y la práctica. ¿Para qué más programa? La salvación está en la anarquía, en la idea de libertad y de justicia para todos.

Editorial LA PROTESTA

NUEVAS PUBLICACIONES
Errico Malatesta

ANARQUIA

48 páginas. Con tapa artística
haciendo juego con nuestra
edición de EN EL CAFE.

PRECIO: \$ 0.20

Eliseo Reclus
AMI HERMANO EL CAM
PESINO, nueva edición.
30.000 ejemplares. A pesos
2.00 el ciento, para repartir
gratis

EL EJEMPLAR 10 Cts

RUDOLF ROCKER:

CUESTIONES ECONOMICAS

DONDE NO SE MANIFIESTA LA RACIONALIZACION

Llevaría muy lejos y sobrepasaría mucho las proporciones de este escrito si quisiéramos examinar aquí otras industrias para ilustrar los efectos de la llamada racionalización de la economía una vez más en cada una de las ramas de producción. Debe bastarnos observar aquí brevemente que el proceso es en todas partes el mismo, tanto en su realización práctica como en sus fenómenos inevitables — fusión de establecimientos de acuerdo a un determinado sistema, formaciones de trusts, creación de sociedades de venta y de especialización, mecanización de los métodos de trabajo por el trabajo en serie y la mayor capacidad de rendimiento del obrero, ligada a lo anterior, se hacen sentir en la más amplia medida en todos los dominios de la producción y operan una transformación completa de todo el proceso económico y productivo.

Sólo en un dominio no se ha iniciado hasta aquí la racionalización. Mientras que en todas partes se aspira a reducir al mínimo el número de los obreros y pequeños empleados para producir de ese modo una disminución de los gastos de producción, la cifra de los empleados superiores, de los consejeros de administración, de los directores, etc., aumentó considerablemente. Si en 1913 había en Alemania 5.314 consejeros de administración y directores, esa cifra había aumentado en 1926 a 7.415. En una reseña muy deficiente, pero sin embargo no menos interesante de E. Kessler, en la Ojeada económica de la "Rote Fahne" del 16 de septiembre de 1926, se habla de este problema algo más detalladamente. Kessler reproduce allí los siguientes hechos:

"Según material auténtico en 1913 ocupaban 1.904 empresas investigadas, con un 25 por ciento de reducción de los obreros y empleados, 1.329 directores y 3.985 consejeros, contra 1.828 directores y 5.587 consejeros de administración. En prueba de la afirmación de que el aparato directivo y administrativo en general ha sido reforzado, las "Leipziger Neuesten Nachrichten" han hecho una investigación. En diez conocidas compañías industriales se comparó la cifra de los actuales directores y consejeros de administración con la de antes de la guerra (1913). No se tomaron para eso más que empresas bien consolidadas que durante la inflación no experimentaron una mayor ampliación financiera ni comercial. En esa comparación se comprobó que las diez compañías ocupan hoy, 30 directores y 74 consejeros mientras que en 1913 poseían en total 20 directores y 50 consejeros de administración. La producción de esas empresas es hoy 50 por ciento mayor que antes de la guerra, el radio de ac-

ción comercial en cambio es esencialmente menor. En un instituto bancario sajón, que hoy trabaja sólo con una tercera parte de su capital de antes de la guerra, hay más que una duplicación de los puestos en el consejo de administración y un 50 por ciento de aumento en los directores. Sólo en una sociedad tenía la dirección la misma cifra de personas que antes de la guerra.

Además, los establecimientos de Thyssen ocupan hoy 3.600 obreros y 7 directores, mientras que antes de la guerra ocupaban 3.800 obreros y sólo 3 directores.

La Dortmunder Union, que antes de la guerra daba trabajo a 6400 obreros y a 5 directores, ocupa hoy 10.000 obreros y 19 directores.

Las fundiciones Gutehoffnung ocupaban antes de la guerra a 9.000 obreros y 4 directores, hoy ocupan 8.000 obreros y 10 directores.

Peor que por el relativo recargo de los puestos directivos son gravadas las empresas por las exorbitancias de las gratificaciones que se dedican a ellos. En un establecimiento de Augsburg, 24 empleados disfrutaban de un sueldo anual de 50.000 marcos, en cambio un director cobraba al año 60.000. En un establecimiento industrial del sur de Alemania las partidas empleadas en sueldos para 60 empleados llegaban anualmente a 144.000 marcos, mientras que se destinaban para tres directores 156.000 marcos de sueldo y 144.000 de indemnizaciones.

En una fábrica de máquinas mediana los accionistas recibieron en 1923 la suma de 630.000 marcos en dividendos, el consejo de administración de seis personas más de 100.000 marcos e indemnizaciones. En el trust de los colores recibió cada miembro del consejo de administración por el año pasado 38.760 marcos, en la empresa Wintershall 20.000 marcos cada uno...

El sueldo anual del director llega en la Stahlwerkverband a 180.000 marcos, en el Roehrenverband a 110.000 marcos; el de los directores titulares representantes 75.000. Según Calwer, en la fábrica de cigarrillos Jasmatzl, que había propuesto su paralización, para despedir a unos millares de obreros y empleados, 7 directores y 3 procuradores cobraban 658.000 marcos; en cambio, 200 empleados no cobraban más que 230.000 marcos. Esos ejemplos se pueden multiplicar y extender a casi todas las ramas de la industria".

En esta ocasión no está quizás fuera de lugar la mención del famoso proceso contra el consejero comercial privado, Dr. Karl Zitzmann, que se realizó en agosto de 1926 ante el Schoeffengericht de Erlangen. Ese proceso iluminó un momento la economía derrochadora usual en la administración de una gran empresa industrial. Los sobornos del acusado juegan el más infimo rol en este proceso. Más importantes fueron las declaraciones de los testigos, que han arrojado alguna luz ca-

racterística sobre las costumbres comerciales de los dirigentes de la economía alemana. Cuando el testigo Deutsch-Retze, él mismo director de uno de los mayores bancos alemanes, declaró tranquilamente que "en todas las compañías serias, después de una sesión se pone en manos de los consejeros un sobre con 1.000 marcos dentro", se pregunta uno en vano donde queda la decencia de esos señores frente a los trabajadores de cuyo sudor viven. O se oye que el co-acusado barón von Michel-Raulino obtenía por sus servicios 57.000 marcos anuales y el acusado Zitzmann, interrogado al respecto, declaró que "a Raulino, por sus buenas relaciones, por su hermosa figura y su nombre sonoro había que agradecerle algunas cosas". Y sin embargo, esos 57.000 marcos son una propina en comparación con las sumas enormes que se repartían entre los llamados dirigentes de la industria. Las mismas gentes que lidian contra los trabajadores por cada penique y obran como si el más mínimo aumento de salario debiese llevar a la ruina toda la economía alemana, no se preocupan de lo que gravan la economía por toda suerte de existencias parasitarias. En ese concepto su magnificencia no parece haber puesto ningún objetivo.

DEL "LAISER FAIRE" A LA DICTADURA ECONOMICA

Apenas hay en Alemania hoy una industria en que no se haya iniciado la trustificación todavía. Toda una serie de trust nacionales se han creado ya según el modelo de la comunidad internacional del acero, y todos los signos indican que esa evolución se realizará en el futuro más vastamente y con un ritmo más rápido. No queda ya ninguna duda de que el capitalismo ha entrado en una nueva fase de su evolución que le lleva de las estrechas fronteras del territorio económico nacional a un sistema de economía mundial. El capital, que antes se creía en gran parte ligado a los llamados intereses económicos nacionales, se eleva de día en día a la categoría de capital mundial y aspira a operar la explotación del mundo según un sistema unitario. En lugar de las agrupaciones nacionales económicas de antes de la guerra se desarrollan cada vez más claramente tres grandes unidades económicas: Europa, Asia y América. No se puede prever todavía si las contradicciones económicas que se manifiestan hoy entre esos tres grupos han de agudizarse más en el porvenir o si se llegará entre ellos a una gran fusión, y sería ocioso el querer oficial aquí de profetas.

Si antes la "libre concurrencia" era la consigna de los políticos económicos capitalistas, cuyas ventajas han sido cantadas en todos los tonos por los economistas burgueses y elevadas a ley férrea de la economía, esa vieja forma del desenvolvimiento económico capitalista tiene que dejar el campo libre poco a poco a la estrategia económica del monopolio, que trata de excluir por la trustificación nacional e internacional toda concurrencia para hacer posible la fijación general de los precios. Y ese desenvolvimiento no se realiza con la "inmutabilidad de una ley natural"; es fomentada por los defensores del sistema actual del modo más expresivo y conducida conscientemente por ese camino. Así, por ejemplo, el jefe principal de la Sociedad de industriales alema-

nes del hierro y del acero, Dr. Feichert, declaró una vez en una conferencia en la Cámara berlinesa de comercio: "La economía no tolera a la larga una concurrencia ilimitada. El desencadenamiento de las fuerzas productivas lleva, es verdad, fácilmente a progresos técnicos, pero lleva también al retroceso económico, a la muerte de la rentabilidad".

Aquí comienza, desde el principio, el gran peligro social de las nuevas formas económicas. Si antes la concurrencia recíproca en la industria y el comercio hacía que el capitalista y el comerciante no pudiesen elevar demasiado los precios y tuvieran que contentarse con una ganancia más o menos normal, los gerentes de los kartells económicos monopolistas pueden hoy dictar precios a los consumidores mediante la exclusión de toda concurrencia, sin que nadie pueda rebelarse en contra. Además, están en todo tiempo en situación de evitar una caída de los precios mediante una restricción correspondiente de la producción, como lo hemos visto en Alemania tan corrientemente durante los últimos años. Esta es también la causa de que el capitalismo alemán se resista tanto a todo aumento del mercado interno. ¿Para qué reducir los beneficios y complicar el problema de la ganancia si se puede obtener eso mucho mejor y más cómodamente por la restricción de la producción y la dictadura de los precios?

Uno de los aspectos más terribles de la famosa racionalización consiste justamente en que frente a los salarios de los obreros los beneficios de los capitalistas han crecido desproporcionalmente. En muchos casos esas elevadas ganancias se han hecho incluso a pesar del retroceso cuantitativo de la producción y hasta podrían calificarse de legítimas ganancias de la racionalización, extraídas simplemente de la mayor capacidad productiva de los obreros gracias al trabajo en serie, etc.

Un ejemplo típico entre otros mil nos lo ofrece en ese concepto el balance anual de los establecimientos siderúrgicos Hoesch, ligados con la Koeln-Neu-Essener Bergwerkverein. La sociedad, que dispone de un capital de 54,3 millones de marcos, durante el año comercial de 1924|25 no ha dado ningún dividendo. Pero el año 1925|26 fué capaz de pagar un dividendo de 5 por ciento, a pesar de que las cifras generales de la producción habían retrocedido, como se desprende del cuadro siguiente:

Minas	1925-26 Toneladas	1924-25 Toneladas
Dortmund (carbón)	1.225.842	1.231.773
Dortmund (koks)	651.780	690.990
Príncipe Leopold	483.607	474.255
Altos Hornos	511.546	562.570
Fabricac. de acero	593.303	738.887
Mina de hierro Zug	86.227	174.966

Al mismo tiempo el personal fué reducido de 25.400 a 18.800 hombres, es decir un 26 por ciento. Aquí tenemos un ejemplo típico donde a pesar de los beneficios del capitalismo se obtiene una reducción del personal y una restricción de la producción, exprimidas simplemente de los mayores rendimientos de los productores. Las cuotas del beneficio han aumentado en la misma proporción que se redujo el nivel de vida de los trabajadores. En los conflictos cotidianos entre el capital y el trabajo esa proporción entre el sala-

rio obrero y la ganancia de los capitalistas des-
empeña uno de los papeles más importantes. Co-
rregir esa proporción, sea en una dirección, sea
en otra, esa es la aspiración de todas las luchas
entre el capitalismo y el proletariado organiza-
do, hasta que el último consiga finalmente que-
brantar las fronteras del sistema del salariado y
edificar la sociedad sobre nuevas bases.

Cada máquina desarrolla sólo una determinada
capacidad productiva, cuyos límites no pueden ser
ensanchados hasta que se sustituye con una nue-
va máquina de mejor construcción. Pero la má-
quina de carne y hueso puede ser azuzada siem-
pre a un mayor rendimiento, aunque sólo a cos-
ta de la salud y del tiempo de duración de su
empleo productivo. Aquí se ajusta la conocida
frase de Proudhon sobre los diez obreros que en
el curso de un año producen por diez, pero sólo
consumen por nueve, de lo que se desprende que
el capitalista en el espacio de doce meses se ha
devorado un obrero, en una medida mucho mayor
de lo que podía prever jamás el genial francés.
El obrero, forzado por la racionalización a una
mayor capacidad productiva, pero restringido en
su capacidad de compra por la larga jornada y
los bajos salarios, se convierte aquí realmente en
víctima de un canibalismo capitalista que hoy,
gracias a sus nuevos métodos, lo consume más
pronto y lo arroja a los desperdicios antes de lo
que podía hacerlo en otro tiempo. La proporción
se ha modificado, pero en beneficio del capitalis-
mo y a costa del esclavo del salario que tiene que
pagar eso con su salud y su vida. ¿Habrán ense-
ñado algo estos tristes hechos y las espantosas
experiencias de los últimos años a aquellos sin-
gulares "radicales" que fantasean siempre sobre
una crisis del capitalismo y defienden el punto
de vista de que el problema del nivel de vida para
los trabajadores no representa nada, pues tiene
que ganar siempre necesariamente lo que necesi-
ta para el sostenimiento de su existencia? Yo te-
mo que no, pues para ellos la conexión del de-
venir económico ha quedado ni más ni menos que
una aldea bohemia.

Que la racionalización de la economía, tal co-
mo la hemos experimentado en los dos últimos
años, no puede conducir de ningún modo a una
elevación de la situación proletaria y a un des-
carga de los consumidores, comienzan a compren-
derlo poco a poco también los dirigentes espiritua-
les de los sindicatos reformistas, que habían sa-
ludado tan entusiastamente el proceso de la ra-
cionalización, esperando de él la solución de la
presente crisis. Sin embargo, no dudan todavía
hoy de la conveniencia del método que hacen re-
saltar ellos siempre, y ven en los funestos acon-
tecimientos tenidos hasta aquí sólo una conse-
cuencia del procedimiento unilateral que no tiene
presente más que los beneficios del capitalismo.
¿Serán esas gentes realmente tan ingenuas o fin-
girán simplemente serlo? Como si el monopolis-
mo pudiera expresarse de otro modo! ¡Hasta los
economistas burgueses comprenden eso. Por ejem-
plo, el "Kartell-Rundschau" publicó hace un tiem-
po un artículo digno de leerse, del doctor G. A.
Delbanco, sobre "Racionalización y cartelización
en el presente" (v. cuaderno 11, año 1926), en el
que se lee:

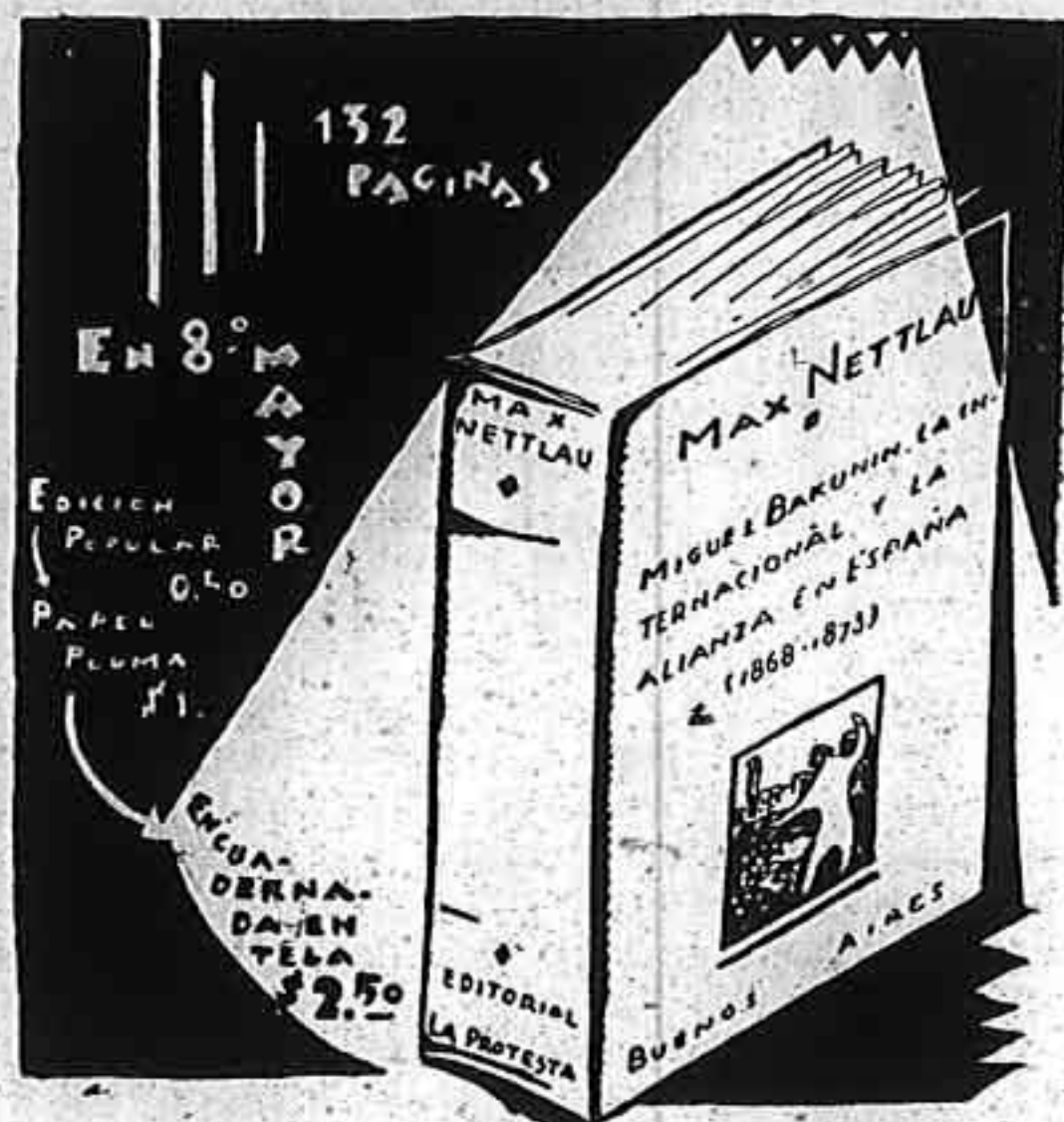
"Si la racionalización tiene por consecuencia
una fortificación o nueva formación de kartells,
las ventajas surgidas de la racionalización irán
a parar en primera línea a los capitalistas mismos

y raramente a los consumidores; sí, es muy ima-
ginable el caso en que los consumidores no sólo
deben pagar los gastos de la racionalización, sino
también los gastos de otras medidas de racional-
ización planeadas".

Por lo demás, uno de los más meritorios cono-
cedores de la naturaleza de los trusts y de los
monopolios, Th. Vogelstein, ha predicho ya en
1914 en un magnífico estudio, "Los modernos mo-
nopolios industriales" (Tübingia, 1914) los resul-
tados inevitables del monopolismo con las siguien-
tes acertadas palabras:

"El problema del monopolio, económicamente
considerado, es un problema económico y social,
un problema de precios y un problema de domi-
nación. Se crean nuevamente condiciones de do-
minación con una fuerza y ua coerción que no se
habían conocido desde la supresión de las relacio-
nes medioevales. El monopolio presenta un dere-
cho autónomo al que todos tienen que someterse.
Como los venecianos forzaban la sumisión en un
tiempo de las localidades rebeldes por la supre-
sión de las entregas de sal, así puede el monopo-
lista del carbón, del hierro, de la potasa, etc., di-
rigir la existencia económica y más allá aún: la
libertad personal de sus compradores directos o
indirectos, en una medida que sólo encuentra una
barrera en las fronteras económicas de su mono-
polio y en el miedo a una revolución social de
arriba o de abajo. Esa barrera está según el país
o industria más cerca o más lejos".

Y a pesar de esas predicciones sobre las conse-
cuencias inevitables de la trustificación del co-
mercio y de las industrias, que hoy han sido con-
firmadas en todos sus puntos por la experiencia
práctica, hay todavía algunos supuestos socialis-
tas que quieren ver en esos fenómenos la prepa-
ración para las posibilidades de realización prác-
ticas del socialismo. La concentración de las fá-
bricas, la división del trabajo llevada hasta el ex-
tremo en el proceso de la producción, y la cen-
tralización de la administración económica les pa-
rece como síntoma de la "necesidad histórica"
del proceso evolutivo de la humanidad del capi-
talismo al socialismo.



LUIGI FABBRI

LOS PRIMEROS ALBORES LIBERTARIOS. EL RENACIMIENTO

Al hablar, en un artículo precedente, de las de-
rivaciones históricas del anarquismo, recordaba
que, intelectualmente, se tropieza con una filia-
ción del socialismo y del anarquismo con el mo-
vimiento científico y filosófico de la democracia
burguesa revolucionaria de 1789 a 1848 y más
atrás, desde el Renacimiento y la Reforma.

Naturalmente la serie de las derivaciones no
se detiene ahí. Pero hay que decir que es desde
el despertar del pensamiento humano después de
la noche de la edad media, — noche fecunda tam-
bién ella de germinaciones innumerables, que no
debe ser desconocida, — es desde el resplande-
ciente 400 que se ha iniciado con características
propias todo un movimiento espiritual, muy dis-
tinto de los movimientos precedentes, y al cual
se alían todos los sucesivos, hasta hoy, con un
parentesco bastante estrecho y sin soluciones de
continuidad. Limitemos por eso estas modestas
referencias históricas a este último período, des-
de el Renacimiento en adelante, la mayor rela-
ción con el cual del mundo contemporáneo nos
permite ver más claro el delineamiento del pen-
samiento humano en un sentido cada vez más
anarquista.

Dejemos por tanto a un lado todos los movi-
mientos más lejanos de emancipación intelectual
y social, que han sido a través de los milenios
las etapas del progreso, en el seno de las Comu-
nas, del 200 y 300, la civilización árabe del año
1000 aproximadamente, el mundo romano y grie-
go, el chino, etc. El examen detallado de todos
esos filones áureos en la historia nos llevaría
muy lejos.

Desde diversos sectores se ha reprochado más
de una vez a los anarquistas ese entrelazamiento
de sus doctrinas con las doctrinas de otros pe-
ríodos revolucionarios, que hoy son propias de
adversarios y de enemigos nuestros. Pero se tra-
ta de un designio lógico de los acontecimientos
que nosotros no podemos eximirnos de constatar.
Aquellos mismos que pretenden escandalizarse no
han derivado de ninguna manera de la nada sus
ideas; también esas han sido derivadas de otras
ideas y movimientos — y no raramente, sea di-
cho por casualidad — de movimientos y de ideas
de regresión.

La verdad es que no hay teoría ni movimiento
que comience de golpe, que salga de la nada, es
decir que no se relacione con períodos históricos
anteriores, y con otras teorías y otros hechos.

Cuando se dice "desde aquí comienza una nueva
histórica", eso significa simplemente la clausura
de un período y el comienzo de otro, pero la nue-
va historia se deriva de la vieja y se refiere a
ella por lazos indisolubles. Reconocer que la civi-
lización burguesa ha madurado en su seno los
gérmenes de la civilización futura, libertaria y
obrero, no impide que nosotros nos rebelamos
contra la sociedad burguesa y contra sus iniqui-
dades, no quita que contra ella seamos y perma-
nezcamos revolucionarios irreconciliables. Esto es
tan claro que no hay necesidad de demostración.

En todo movimiento de progreso de que nos
habla la historia, notamos un fenómeno que nos
guía en la investigación de los signos precurso-
res de los progresos futuros: el fenómeno de las
llamadas "exageraciones" de los principios enun-
ciados y triunfantes. Cuando las fuerzas de pro-
greso tienen la supremacía sobre las de la regre-
sión y la conservación, dos tendencias se mani-
fiestan en el seno de las primeras: una impacien-
te por hallar lo más pronto posible un nuevo equi-
librio a fuerza de acomodos sucesivos a la rea-
lidad, y la otra, que es siempre una infima mi-
noría, impaciente por ir más allá, por "exagerar",
por superar la realidad presente y forzar los ca-
minos del porvenir. Apenas ha triunfado el mo-
vimiento general, la primera tendencia se vuelve
conservadora y trata por todos los modos de
aplastar la segunda; y sin embargo en la mayo-
ría de los casos lo consigue.

Esto ha ocurrido siempre; y lo que está ocu-
rriendo hoy mismo al socialismo demuestra que
también la revolución social en camino tiene ten-
dencia a trillar las mismas rutas, a dar lugar a
los mismos fenómenos de acción y de reacción, a
escindirse en dos fuerzas al día siguiente del triun-
fo: una conservadora y otra revolucionaria.

A medida que la gran corriente del socialismo
adquiere mayor fuerza y extensión y se aproxi-
ma por tanto a su triunfo, va anticipando en su
seno, en embrión, a través de actitudes por aho-
ra solamente doctrinales y tendenciosas, pero que
se traducirán un día en realidades, los defectos
de adaptación y de compromiso, de prepotencia
y de monopolio, de todos los vencedores. Se pue-
de decir que el acercamiento del triunfo ejerce
sobre el socialismo desde ahora los efectos co-
ruptores que todo éxito, especialmente en polí-
tica, suele determinar. Los próximos triunfadores

se aprestan desde ya a aplastar las minorías surgidas de su movimiento mismo, que no querrán adaptarse, que tenderán a superar las contingencias del momento, a destruir completamente las instituciones del pasado, incluso aquellas a las cuales los demás querían adaptarse.

Los anarquistas confían, naturalmente, ser en el momento decisivo de la revolución una fuerza decisiva y suficiente para oponerse a una consolidación reaccionaria de los conservadores de mañana, es decir para poder conservar, en medio del triunfo de éstos, la propia autonomía y libertad de movimiento para llevar más hacia adelante la revolución, e incluso para superar lo más pronto posible el inevitable período de tregua o de retroceso y llegar a la realización del propio ideal de emancipación integral. Pero es cierto que, si no tienen la posibilidad, los conservadores de mañana aplastarán a los revolucionarios que permanecen tales, a los anarquistas, sin muchas consideraciones humanitarias. Los socialistas estatales, una vez el poder en sus manos, considerarán a los anarquistas, enemigos de todo poder, como a sus peores enemigos.

La frase ya vieja, de hace cerca de treinta años, de un socialista francés, según el cual "lo primero que harán los socialistas en el poder será fusilar a los anarquistas", que parecía entonces paradójica, la ha demostrado la revolución rusa como si fuese la expresión de una tendencia real: se ha traducido, en efecto, en Rusia, en una realidad densa de dolor y de vergüenza.

Si el historiador del porvenir, por tanto, quiere buscar en el período que estamos atravesando los pioneros de la civilización socialista y libertaria, los hallará en el gran movimiento socialista que caracteriza la historia de los siglos XIX y XX, pero no en los socialistas oficiales que tarde o temprano conquistarán el poder, sino en las vanguardias críticas de ese movimiento, en sus llamadas "exageraciones", entre los anarquistas; — del mismo modo que nosotros, investigando en los períodos históricos pasados los precursores de nuestra idealidad, no los hallamos tanto entre los triunfadores de las revoluciones precedentes como entre las vanguardias derrotadas de aquellos movimientos de progreso relativamente coronados por el éxito.

Nosotros recordamos hoy el Renacimiento de los siglos XV y XVI como una de las más grandes revoluciones intelectuales y espirituales de la historia. Significa la elevación de la humanidad a un alto grado, en comparación con los períodos precedentes de la edad media que iba declinando. Y no sólo eso, como ha sido dicho por otros, el Renacimiento "fué una rebelión de la carne y del sentimiento pasional contra el espíritu y la intelectualidad teológica" del cristianismo, y fué también una revuelta del individualismo sediento de todas las libertades. Fué el "despertar del libre espíritu científico que triunfó sobre el principio de autoridad, al cual la civiliza-

ción meridional había sometido todo acto de la vida intelectual". (G. Zippel: *Manuale di Storia Moderna d'Europa*, etc. Edit. G. B. Paravia, Torino, pág. 113).

A través del arte y de la filosofía, y en parte en la literatura — en literatura lo fué mucho menos — casi exclusivamente en las formas exteriores — el espíritu de revuelta y de libertad individual se afirmó enérgicamente y preparó espiritualmente el terreno a las revoluciones colectivas posteriores; pero por lo demás el terreno en el Renacimiento estaba preparado por los cambios, por las revoluciones locales, por las conquistas parciales de libertades hechas en el seno de las Comunas.

Miguel Bakunin hablaba en 1871 con un entusiasmo lírico de ese período del Renacimiento. "Hemos aquí finalmente en el siglo XV; es el siglo del Renacimiento. Italia está en pleno florecimiento. Armada con la filosofía encontrada de nuevo de la Grecia antigua, rompe la prisión en que, por diez siglos, el catolicismo había tenido encerrado el espíritu humano. La fe cae, el pensamiento libre renace. Es la aurora resplandeciente y alegre de la emancipación humana". (*Oeuvres*, vol. II). Y con las palabras del gran revolucionario ruso, chocan las palabras de ira y de rencor que han dicho contra ese período áureo de la humanidad todos los escritores reaccionarios. Entre otros, Paul Bourget, en una de sus últimas novelas más soporíferas de tesis reaccionaria, ponía el Renacimiento, junto con la revolución francesa, entre los períodos más nefastos de la historia humana.

La figura espléndida y universal de Leonardo da Vinci, la gigantesca de Miguel Angel, el genio enciclopédico de Pico de la Mirandola y de León Battista Alberti, con toda la pléyade de los escritores tan irreverentes hacia las autoridades constituidas, incluso cuando parecen cortesanos, hasta aquel simpatiquísimo tipo de anormal que fué Benvenuto Cellini, cuando ya el Renacimiento declinaba, — todos ellos eran demolidores que escribieron en el mármol, en la tela, en el libro puesto al alcance de todos por el descubrimiento de Gutenberg, páginas vivas todavía de crítica, ya abierta ya simbólica, sobre el principio de autoridad. Fuera de Italia, basta recordar al Montaigne de los "Ensayos", al La Boetie de "La servidumbre voluntaria" y sobre todo a Rabelais, con aquella descripción utópica suya de la abadía del "haz lo que quieras". Y más tarde, más allá del límite de tiempo que los historiadores han trazado al Renacimiento, pero indudablemente ligado a él, la corriente filosófica anticristiana que culmina en Giordano Bruno.

Los historiadores que nos hablan del Renacimiento no muestran haber comprendido mucho ese aspecto revolucionario del período por ellos estudiado. Como siempre, su atención se detiene de un modo casi exclusivo en la superficie, en torno a los nombres de los príncipes y de los papas amecenados, que corrompían en lugar de fertilizar el terreno de aquella revuelta moral. Se

ha visto casi sólo la parte formal del estudio de los clásicos antiguos y se ha exaltado lo que hay de más caduco y de menos noble en aquella fiebre de gozar la vida y de gozarla incluso mal.

"Chi vuol esser lieto sia,
Di doman non v'e certezza",

cantaba Lorenzo el Magnífico; pero contra el descrebrado himno a la vida terrena y alegre del antiguo mercader convertido en príncipe y fundador de una familia de tiranos, chocaba la pasión republicana de Filippo Strozzi, y la audaz indagación filosófica de Pomponazzi, que se atrevía a dudar de la inmortalidad del alma. El humanismo no fué solamente el cultivo de las bellezas literarias griegas y latinas, sino también y sobre todo, como escribió Eliseo Reclus, "consistía, en su concepción más elevada, en una investigación de todo lo que es humano, de todo lo que eleva al hombre a los propios ojos y lo muestra especialmente en el ejercicio de su bondad, noble, generoso y magnánimo". (*El Hombre y la Tierra*).

Por consiguiente lo que, para nosotros, da a aquel espléndido período histórico el carácter que más nos entusiasma no es tanto la obra puramen-

te formal, literaria, erudita, de la mayoría de los humanistas, como la de la minoría heroica que de los pensadores antiguos reevocó y dedujo ideas de emancipación y de revuelta, desafiando las excomuniones y afrontando las hogueras, sufriendo las prisiones, los destierros y la muerte, como los Carnesecchi, los Paleario, los Ramus.

Incluso entonces, sin embargo, la mayoría se adaptó a un escepticismo bastante poco profundo, se rebajó a la venal adulación de los poderosos, buscando la alegría de vivir en el goce egoísta material exclusivo. Pero fué por eso justamente que se determinó en gran parte la decadencia del Renacimiento, en el pensamiento, en las letras y en la vida social, incluso por separarse la intelectualidad del pueblo y cristalizarse en una aristocracia propia, altanera y árida.

Pero en lo sucesivo el impulso había sido dado; y aquel ambiente, no del todo esclavo del dogma, no invadido por el espíritu de renunciación, había podido surgir la flor purpúrea de la rebelión — y la semilla de ésta, por un cierto tiempo perdida en las visceras de la historia, debía reflorcer más tarde en una revuelta más amplia, más general y no sólo espiritual.



—Propietario del restaurant: ¡En línea! Dos pesos por día, doce horas y de comer lo que se quiera.

—Un desocupado: ¡Escucha! De comer lo que se quiera, pero no deja tiempo para comer.

MAX NETTLAU:

Algunas reflexiones sobre la autoridad

I

Por amenazadora y cruel que sea la reacción de estos tiempos presentes, existe sin embargo un gran número, una mayoría preponderante pienso, de factores de progreso: chocan en inercias terribles, en indiferencias e insuficiencias deplorables que hay que sacudir ante todo. El camino del progreso es explorado, el gran objetivo es presentado, se puede llegar a él por grandes saltos revolucionarios y por pequeños pasos reformistas, como se elija, siempre que se tenga la voluntad, la fuerza moral para ponerse en marcha, individualmente, en grupos, por comunidades y colectividades totales, según como se quiera.

¿No vemos, comparando la situación de hace 3, 2 o sólo un siglo antes, en qué grado ha sido reemplazada para el hombre inteligente la religión por la ciencia, cómo es explorada, comprendida y dominada la naturaleza por la técnica, allí donde así puede ser transformada de fuerza salvaje, desconocida e inutilizada en fuerza que ayuda a hacer más fácil y más amplia la vida de los hombres? Incluso los cambios políticos, por poco eficaces que hayan sido, tuvieron largo tiempo por fin, — fin ilusorio, lo sé bien — hacer más libre al individuo y darle voz en los asuntos de la comunidad: el episodio fascista que no reconoce más que al jefe y pisotea la libertad, no es más que un episodio de locura colectiva del género de las "cruzadas de niños" o de los "convulsionarios" de los siglos pasados. En el terreno social la tendencia hacia una igualdad y una justicia sociales y contra el privilegio y el monopolio animal incluso los movimientos reformistas más anodinos, las organizaciones más atrasadas. Igualmente en moral, donde se pasa de mil modos, radicales y moderados, sobre las convenciones seculares inmutables, en arte, donde la tiranía de las escuelas y reglas únicas es rota; en una palabra, en todas partes se han desviado de lo inmutable y de lo intangible, todo es arrojado al surco en la esperanza de que salga de él renovado y rejuvenecido. Una infinidad de errores, de tanteos en falsas direcciones, han sido cometidos, lo que fué inevitable aun después de un atascamiento tan largo de las magníficas facultades que el cerebro humano sabe desarrollar siempre que sea puesto en condiciones no del todo desfavorables a su expansión.

¿Por qué, entonces, esa lentitud, esas detenciones, esos accesos de debilidad que no sabe expulsar siquiera del organismo una infección como el fascismo, que un organismo sano habría expulsado como nada en sus primeros días, enviando los enfermos de autoritarismo a curarse en una casa de alienados?

Es que los cuerpos humanos, como quizás también los de los animales, están infectados desde tiempos inmemorables por el veneno autoritario que detiene tal vez todavía por un tiempo indefinido el desarrollo de los animales, pero del cual el hombre sabe desprenderse relativamente, en el grado que nos muestran los hombres más conscientemente antiautoritarios y no menos sociables y capaces por eso, hombres del tipo de los Eliseo Reclus, por ejemplo, y como nos lo muestra la tendencia más arriba descrita de una emancipación muy lenta, demasiado lenta, pero sustancial e irresistible, de la tiranía del pasado. Se puede, pues, curar de esa enfermedad y eso es lo que hace falta ante todo: entonces solamente sabrá todo el mundo gozar de lo que algunos precursoros en esa curación han encontrado ya, y el mundo será bello para todos y pertenecerá a todos.

No se puede separar al hombre de los animales, cuando se quiere tratar de ir al fondo de esta cuestión. Eliseo Reclus en *El hombre y la tierra* ha dicho: "lo que es verdad para nuestra especie, es también para las otras (especies). Se comprende difícilmente cómo incluso los adherentes de la teoría de evolución han podido afirmar, después de haber visto a los animales domésticos congeniando con el hombre, que la progresión intelectual de los seres, del estado elemental de los microbios al organismo complicado y de la astucia del chacal, del zorro, a la prudencia del elefante, sería afectada por una ley fatal de detención".

"Según esa hipótesis el animal estaría encerrado en un círculo del cual no puede salir. El perro que caza y la bestia perseguida no podrían nunca variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industriales no aprenderían nunca un nuevo procedimiento y ningún pájaro que canta cambiaría sus acentos! Es posible que la evolución de la inteligencia animal procediera con una lentitud más grande que la del hombre, desde que el hombre se proveyó de herramientas, pero se prosigue en las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores".

He aquí lo que dice al fin de su carrera de estudios, en la parte revisada aun por él en 1905 de su obra tan memorable, Reclus, que conocía el pro y el contra de esa gran cuestión y que ha pesado ciertamente todas sus palabras. El teólogo orgulloso y el ignorante no menos orgulloso creen por hábito obstinadamente en su inmensa superioridad sobre los otros animales — y tal vez en cada especie animal los espíritus teológicamente degenerados o vacíos de conocimientos creen en su superioridad sobre el hombre y sobre los otros animales: eso no prueba aún mucho. En cuanto a la ciencia, no ha podido resolver todavía ese

problema ni afirmativa ni negativamente, o de lo contrario Reclus lo habría sabido bien en 1905 y nosotros, que hemos vivido desde entonces, no habríamos dejado de tener noticias de un descubrimiento tan grande. El terreno está, pues, libre para la observación, la experiencia, el razonamiento y la hipótesis.

Se ha prejuzgado esta cuestión creando la palabra convencional *instinto*, que no es más que una descripción de la identidad exterior de acciones hechas en situaciones más o menos idénticas. Un aviador de otro planeta que volase por encima de una multitud de hombres en las calles de una ciudad y de rebaños de animales en las campiñas señalaría probablemente los movimientos en apariencia ordenados y sin choques de la multitud y de los rebaños de animales y concluiría que unos y otros movidos por su instinto se mueven apaciblemente, haciendo movimientos que le son habituales, saben alimentarse, pues de lo contrario no vivirían, en una palabra, que todos son seres automáticos movidos por el *instinto* o que todos son seres *inteligentes* que obran según lo que les indica la experiencia, la observación y la enseñanza.

El animal es para nosotros un extraño del cual no comprendemos la lengua y el cual no comprende la nuestra, pero en cuanto a los animales domésticos y domesticados, comprendemos sin embargo vagamente el tenor de la modulación de las lenguas animales, sabiendo que expresan alegría, deseo, cólera, temor, dolor, etc., y los animales comprenden al menos otro tanto los matices de nuestras voces y en ciertos casos más: puede establecerse una comunicación intelectual entre un hombre y un animal familiar que se toma el trabajo de acechar su pensamiento, como podemos en cierto grado acechar el pensamiento de los animales que conocemos bien: en tales casos hacemos uno y otro el mismo razonamiento y llegamos al mismo resultado. Esos animales, los únicos de que nos ocupamos, puesto que nos son útiles y nos rodean o nos divierten, tendrían, pues, su instinto más las posibilidades de algún acto de inteligencia al lado del instinto, mientras que todos los demás de que nosotros no nos ocupamos más que para matarlos, no tendrían más que el instinto. — separación absurda. América ha existido antes de su descubrimiento y no fué creada ni inventada por Europa, sino sólo encontrada tardíamente, y la inteligencia animal no se crea por el contacto con el hombre, existía antes de ese contacto o no existió nunca.

Los animales son sociables como el hombre, situación necesariamente forzosa para todo ser que se multiplica y que les impone una interacción inevitable. Esa interacción conduce a una cantidad de experiencia, y se vuelve imprudente obrar sin y contra esa experiencia. Es probable que las especies menos difundidas, como los animales más grandes, los inmensos reptiles prehistóricos, etc., por sus condiciones para alimentarse, han estado más espaciados, más aislados, han tenido así menos ocasión de recoger la experiencia colectiva, y al fin se han convertido en víctimas de esa inferioridad intelectual, pues los animales sociables hallaron el modo de protegerse contra ellos.

De esas luchas sin cesar contra los más débiles y de la defensa y alerta continuas contra los más fuertes ha surgido quizás en los animales una acumulación doble de experiencia: la colectiva

que todos aprendían y la individual que fué propia de los más fuertes, de los más dotados de sentidos agudos y de razonamiento rápido. Se establecieron jerarquías que vemos aún en rebaños y hasta en cada grupo salvaje que sabemos observar bien. Sin duda tales superioridades son la raíz de la autoridad y son anteriores evidentemente a toda cuestión económica y política. Esas superioridades quieren decir simplemente para el más débil y el menos dotado: protección en ciertos casos, privación, despojo, opresión en otros casos, pero siempre abandono forzado de su propia voluntad, sujeción a una *fuerza mayor* que puede ser protectora u opresiva, pero que es *mayor* en todo caso.

El gran problema para cada colectividad animal habría sido: que la voluntad social, resultado de la experiencia colectiva, triunfe sobre los jefes, a la vez útiles (alerta, protección) y peligrosos (arbitrariedad, opresión), que se les tenga "puestos en su lugar", aceptando lo que hacen de útil (y que no es más que el resultado de condiciones más favorables que les han permitido desarrollar sus facultades superiores) y teniendo absolutamente en jaque sus usurpaciones antisociales. Por razones desconocidas — por el peligro demasiado grande que rodea a la especie, por el miedo demasiado grande a lo desconocido de toda naturaleza, peligro imaginario que se agrega al peligro real, por la brutalidad viva de los más fuertes, por la imbecilidad de las masas u otra razón — no se hizo eso y ha debido establecerse ese código de mandos, de defensas y de hábitos, inspirado por todo el saber y la experiencia de los animales-jefes y que da así al animal más débil y más joven de la especie los resultados del *saber* de los más fuertes y de los más experimentados, pero inspirado también en un espíritu de obediencia ciega a las enseñanzas así comunicadas, a los hábitos y tradiciones transmitidas. Así repleto de instituciones útiles, pero impuestas por una autoridad bestial y salvaje que las condiciones de la vida animal de *entonces* explican probablemente — porque se trataba entonces de las luchas ya hace mucho terminadas entre numerosas especies que han sucumbido en las luchas y que están extinguidas y las especies que han sobrevivido y que nos rodean, — ha debido establecerse esa hipnosis autoritaria que no conoce más que "la consigna" y que es el instinto de nuestro vocabulario, es decir, el hábito inveterado del animal a seguir una línea de conducta trazada y su *falta de hábito* y de ahí su *capacidad muy mínima* para salir de ese engranaje, para libertarse.

El animal, como el salvaje primitivo (y como muchos civilizados) es, pues, — según mi hipótesis, — dominado por un código de obligaciones convencionales y tradicionales tan dominador que ha hecho degenerar, en un grado que nosotros no sabemos calcular, las propias fuerzas de razonamiento de cada individuo animal. No se atreve a salir de ese código que le es siempre elementalmente útil, pues le protege, pero que pesa de tal modo sobre él que no se atreve, en tanto que sabemos, a salir de él; está, pues, embrutecido simplemente por la autoridad y es incapaz ahora de libertarse. Sus facultades al lado de las enseñanzas del código parecen atrofiadas y eso explica la detención evidente en su evolución. Ha querido comprar o ha sido forzado a comprar su protección en épocas de peligro, tan grande tal vez que es inimaginable para nosotros, por una obediencia

cia ciega a los superiores y salió de eso salvo de cuerpo, pero estropeado de facultades cerebrales.

Que su ejemplo sea una advertencia para el hombre, el único animal que no se ha sometido completamente a la autoridad, que por eso ha podido producir ejemplares humanos muy perfectos que han producido obras inmensas de inteligencia y que a menudo han sabido desprenderse, en el más alto grado, del espíritu de autoridad, pero que hay aun de mil modos entre las garras de la autoridad. O marcha hacia adelante para libertarse más o menos pronto lo más posible — o se detendrá, y por el fascismo y las intensificaciones parecidas de la autoridad será sumergido en la bestialidad, el estado del pobre animal que fué víctima de la autoridad y que sigue aun siendo su presa.

I I

Eliseo Reclus escribe en diciembre de 1899 a Juan Grave: "... Recientemente, usted ha insertado (en los *Temps Nouveaux*) un artículo que nos hablaba de la lucha contra el clericalismo, contra el cristianismo, como de importancia secundaria en la gran batalla económica. ¿No hay ahí un error de juicio? Históricamente el terror a lo desconocido, origen de la religión, me parece haber precedido al régimen de la propiedad privada. Si al hombre le cuesta tanto rebelarse contra la injusticia, es que se siente siempre dominado por el misterio"...

Toda la obra de la ciencia está ahí para probar la observación histórica de Reclus. Aquellos de los nuestros que desean hechos y razonamientos más claros sobre este asunto los encontrarán en abundancia en *El hombre y la tierra* de Reclus y en las *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, de Miguel Bakunin, así como en su *El antiteologismo*, trabajos de 1867 y de 1870, que quedaron inéditos hasta 1895 y 1908 y que se encuentran reunidos en el tomo III de las *Obras completas* (Editorial LA PROTESTA, 1926).

Hay similitud entre el extravío, la ignorancia y el gran miedo que sienten los animales y el hombre primitivo ante los fenómenos y los seres que le rodean y que le imponen peligros reales e imaginarios, una curiosidad que ningún estudio satisface todavía, y a menudo una admiración ante las fuerzas superiores, un sentimiento de impotencia de ellos mismos y también una gratitud hacia las fuerzas desconocidas que, después de todo, proveen — parece — de un alimento vegetal, de una buena caza, del agua indispensable y fertilizante, de la vuelta del calor después del frío, de la renovación de la luz después de la noche sombría, de la iluminación de esa noche por la luna y las estrellas y otros fenómenos independientes de la voluntad de los animales y de los hombres, pero indispensables; otros fenómenos aun llevan un doble carácter, a menudo destructivo, a menudo inofensivo — tal como las tormentas, el rayo, etc., o son completamente misteriosos como los eclipses y los temblores de tierra.

Si los animales por la experiencia han aprendido a estar simplemente siempre al acecho contra algún peligro normal que se aproxima a ellos, nosotros, por decirlo así, los vemos atontados, paralizados, sin tratar de huir ni combatir en ocasión de los grandes fenómenos naturales, de los cuales sus sentidos muy finos perciben los primeros síntomas mucho antes que nosotros mismos y

caja tan pronto como nuestros instrumentos de precisión. Tal ha debido ser el hábito del hombre primitivo, y el miedo que muchos de nosotros sienten durante una gran tempestad con rayos y truenos, son testimonio de ello. Por tanto si en una época prehistórica cualquiera se han establecido las primeras formas de la propiedad privada, es evidente que no es un período de educación, de conocimientos, de pensamiento libre el que precedió a esos desarrollos, sino que se verificó entre una humanidad dominada por lo desconocido y que, sufriendo ya esa autoridad, el miedo a lo desconocido, se dejó gradualmente imponer otras autoridades, la de los jefes, de los sacerdotes, de los hábitos, y con eso poco a poco también la de la propiedad privada que es también una emanación de la autoridad y un fruto de su corolario, la obediencia.

Porque, como constata ya la Biblia: a aquél que posee, se da todavía — al que no posee se le quita aún lo último que le queda. Es muy natural que la autoridad implique el derecho de primera elección, el disfrute, el goce y de ahí el acaparamiento, la deducción, por tanto la acumulación, el privilegio y la diferenciación de los hombres en privilegiados y sus satélites y en rebaño humano que se explota y en enemigos exteriores, a costa de los cuales se recoge botín o los cuales se convierten en esclavos. En un grupo de animales son siempre los mismos los que se abren paso por la fuerza para ser los primeros y tomar el máximo de alimento y otros no obtienen más que los restos; los primeros crecen, los segundos permanecen enclenques. Tal fué la primera diferenciación de los hombres y al máximo de alimentación, a la elección violenta de las más bellas mujeres siguieron las otras usurpaciones descritas y con ellas un sentimiento egoísta, antisocial — y por eso la creación del aparato protector contra la masa, los servidores armados, y la colocación de esos individuos antisociales en casta gobernante que ha sabido hasta hoy mantener la masa en una sumisión y una estupidez extraordinarias que la retienen casi en la letargia.

De ahí la nota de Reclus: *si al hombre le cuesta tanto trabajo rebelarse contra la injusticia...* Si ese trabajo existe y eso explica la paciencia enorme de las masas a través de tantos siglos, frente a crueldades y a privaciones inauditas, frente al rol esfumado que se les da todavía — son carne de fábrica, carne de cañón, carne del matadero lento de la miseria o carne del matadero rápido de las guerras en donde reciben la orden formal de matarse mutuamente. Es natural que ese estado de cosas suscite un descontento sordo, muy sordo y silencioso en efecto, y ni las apelaciones más claras a un socialismo integral han sabido crear más que esa minoría no muy grande que es anarquista o un poco sindicalista o de un socialismo serio, mientras que se ha creado, por una perversión demasiado general para no tener una causa orgánica, esa socialdemocracia, ese reformismo, todo ese esfuerzo ambiguo de millones de pobres que hace socialismo y no lo hace, que se cree revolucionario y no se mueve, que es supuestamente el despertar de los proletarios y que en realidad no es más que el sueño renovado de esos mismos proletarios bajo la buena tutela de sus nuevos grandes jefes y grandes sacerdotes, los elegidos socialistas, los jefes de fila de las organizaciones. Hay en eso un fenómeno de verdadera insuficiencia e impotencia, de un estado enfermi-

zo colectivo, de lo cual es esencial conocer la verdadera causa. El mal es demasiado grande para ser causado por los Marx, los Lenin, los Mussolini que no son sino los aprovechadores de ese mal que explotan sabiamente, en lugar de aplicarse a curarlo.

Antes de entrar en esta discusión quisiera señalar una publicación reciente (noviembre de 1927) del creador del psicoanálisis, el profesor Sigmund Freud, *Die Zukunft einer Illusion*, que he descrito explícitamente en una contribución que se publicó recientemente en la *Revista Blanca* de Barcelona. Yo no soy competente para juzgar el método psicoanalítico. Sé sólo que es un esfuerzo serio y sostenido para remontar al origen posible de la mentalidad de los adultos teniendo en cuenta especialmente las influencias tan graves, variadas y múltiples que cada hombre ha recibido en su primera infancia, esa parte de la infancia que desaparece pronto enteramente de nuestra conciencia y memoria, pero que ha debido formar y moldear nuestra mentalidad en sus comienzos.

El profesor Freud examina el rol del padre en la imaginación del hijo inexperimentado que ve a su alrededor un mundo desconocido e incomprensible y para quien, al lado de la protección materna, la voluntad, el mando y la defensa, la talla física, los conocimientos, la bondad y la protección, la severidad y los castigos del padre son un objeto de primera fila que eleva su imaginación. Piensa que esa personificación de potencias que inspiran el temor o dan la seguridad de la protección, ha debido dar el impulso a los hombres primitivos para personificar así las potencias naturales desconocidas que les rodeaban y crearse dioses, seres con los cuales no tenía acomodos personales — por el sacrificio, por la oración, — como los tiene con el padre: el hombre estaba más seguro así, se había asimilado un poco lo desconocido. Más tarde, comprendiendo que la naturaleza era inexorable, más fuerte que los dioses que había creado, se resignó, pero a los dioses les quedaban los cuidados morales para el hombre, — hasta el grado muy cómodo que el hombre podía pecar, rescatándose por el sacrificio y pecando de nuevo: dios le perdonaba, porque "era su oficio". Así tanto la moralidad como la inmoralidad han sido promovidas por las religiones, dice Freud, y concluye que es ya tiempo de acabar con ese infantilismo que corresponde al estado moral del niño en la cuna y del hombre de las cavernas en los bosques. Muestra en qué medida opera sobre el hombre adulto ese atiborramiento de los cráneos con nociones religiosas, y aboga por una educación en la realidad que la ciencia permite dar a la humanidad adulta de nuestra era.

Esta publicación no es inútil en nuestro tiempo en que no sólo la religión triunfa en sus formas más crudas, el catolicismo papal, el protestantismo fundamentalista de los Estados Unidos, el jehovismo tenaz de millones de judíos, el islamismo y otras religiones oficiales, pero también en sus derivaciones más abracadabrantes, los diversos ocultismos, etc., y en apaciguamientos insinuantes, pero no menos peligrosos, los deismos, racionalismos, etc. hasta las idealizaciones seductoras como el tolstoísmo.

Pero me parece bien claro que el culto de la religión no es más que una parte de ese gran culto, mucho más peligroso aún: el culto a la autoridad, y que es contra éste contra el que hay que obrar directamente.

Tomemos al niño en la más baja edad, por tanto sin otra experiencia social que la de su medio inmediato, donde encuentra casi siempre objetos que le son útiles y agradables, que están a su alcance, en su poder, más pequeños y más débiles que él, juguetes, pues: su manipulación arbitraria, su obediencia pasiva y absoluta, puesto que son inertes — es ya el primer acto de su educación autoritaria y antisocial.

Como hay personas mayores que se ocupan de él y que le protegen y le atienden a su pesar: son aun esclavos para él que hacen desarrollar su sentimiento egocéntrico y autoritario. Si esas personas le mandan algo, le prohíben, le enseñan, se rebela o les cede por miedo, pero alimenta ante todo el deseo de ser grande y fuerte a su vez, de mandar y de hacerse obedecer él mismo: tercera iniciación en el autoritarismo.

Más tarde evidentemente el niño aprende a ser más social, comprende que no es él el centro y el amo absoluto del universo, pero queda en él un fundamento autoritario más o menos grande que su educación y su ambiente hacen acrecer o disminuir, cuestión de las más importantes que sin embargo es dejada casi siempre al puro azar. O se limita a decir uno: "la vida le enseñará que no está él solo en el mundo", y se cuidan poco del más o menos espíritu autoritario: se tienen transcripciones benevolentes de esas palabras, se dice que el joven es enérgico, muy vigoroso, o si domina un espíritu pasivo, de obediencia — cosa tan defectuosa y lamentable como el espíritu agresivo, de autoridad, — se dice como un elogio que es un joven muy disciplinado, un escolar o un trabajador o un súbdito modelo.

Así vivimos siempre entre hombres y mujeres que todos y todas han pasado por ese estadio inicial de autoritarismo asocial absoluto del niño y que han sido curados en grados infinitamente variados por la vida que hicieron después. La vida exterior nivela en apariencia a los hombres que se ven forzados a conformarse a las exigencias generales, pero no los cambia interiormente: las pasiones comprimidas, reprimidas subsisten y a me-



nudo, como fuerzas que uno diría ocultas, tratan de manifestarse a pesar de todo y con un vigor debido a las fuerzas latentes acumuladas. No ocurre de otro modo con los que están repletos de autoritarismo oculto: buscan hasta hallar un objeto más débil a su alcance, aunque fuese su mujer, su hijo o su perro, aunque fuese algún objeto inanimado en un juego, como la pelota a que se da un puntapié, y no carece de correspondencia íntima con la mentalidad autoritaria de una época la formación de sus juegos y sus deportes. A los volantes de una edad, autoritaria también, pero menos brutal, ha sucedido el sadismo fascista del foot-ball moderno que hace pasmar a las masas deportivas de nuestro tiempo.

Sería una adulación decir que las masas pobres hayan estado y estén exentas de esa infección autoritaria. En todos los tiempos se han separado de ellas gran abundancia de elementos para convertirse en obreros de los ricos y poderosos, en servidores y en rebañado armado, en pequeños déspotas sobre una graduación cualquiera de la burocracia, etc. Esos mismos elementos han invadido desde hace mucho tiempo el socialismo y las organizaciones obreras que estaban inspiradas y compuestas en sus orígenes, hace un siglo, por los espíritus más abnegados, altruistas u — aparte de algún doctrinarismo propagado con celo demasiado invasor — los menos autoritarios en el sentido vulgar, los más respetuosos de la dignidad humana. Pero ese ambiente entusiasta estaba abierto de par en par, era feliz de acoger a todo recién venido, y se convirtió en presa de esos autoritarios que establecieron allí los dogmas, las jerarquías y sobre todo su posición de tiranuelos con mandato de diputado o cartera de ministro en su valija, como los soldados de Napoleón llevaban en su mochila el bastón de mariscal. Son ellos los que ahora en todos los países tienen la mano sobre los obreros organizados, los que los dominan a su antojo y los que, por eso, llegan a dominar naciones enteras en calidad de ministros, incluso a establecer sobre ellas un régimen de Tiberio y de Calígula en tanto que jefes fascistas. Y se halló aun este año, en 1927, que el hombre considerado por sus admiradores como la figura más espiritual del socialismo mundial, George Bernard Shaw, de la Sociedad de los fabianos ingleses, se ha erigido en defensor de Mussolini y de su fascismo (no hay más que leer sus cartas impresas en el *Manchester Guardian*, del 13 y del 28 de octubre último).

Todo eso me parece que explica la lentitud desesperante de la rebelión humana contra la injusticia social. Muchos hombres son relajados por un autoritarismo infantil interno que les devora y que es una pasión más fuerte que las buenas impresiones sociales que su ambiente, su educación y no importa qué propaganda han podido comunicarse. Es más fuerte que ellos; incluso si se convierten en socialistas hacen del socialismo una alfombra para llegar a una posición de autoridad. Un número también importante de hombres ha conservado el autoritarismo pasivo, el masoquismo de la obediencia, que es tan morbido y desequilibrado como el sadismo del mando. Entre esos dos grandes campos de sectarios activos y pasivos de la autoridad, los hombres de desarrollo normal son raros todavía y el mundo irá de mal en peor si el número no aumenta. El mal es verdaderamente grande y hay que cortar todo



lo que se pueda en sus raíces, pues más tarde puede llegar a ser incurable.

¿Cómo hacer, pues? Me parece que el autoritarismo es una enfermedad como cualquier otra, y si una enfermedad existe, exige siempre un tratamiento individual. Se pueden prevenir las enfermedades por una profilaxis inteligente y esmerada; se puede obstaculizar o mejorar una enfermedad por la higiene general, pero no se le puede curar más que por un tratamiento que corresponda exactamente a las exigencias individuales del paciente. Por tanto cada familia para cada niño deberá prestar atención al autoritarismo infantil y oponerle un tratamiento social tan individual, atento e inteligente como el que se aplicaría a cualquier otra deformación del niño. Y en profilaxis y en higiene tenemos la *humanización* de nuestra vida y de nuestra mentalidad de mil modos, el abandono del fanatismo y de la intolerancia, el espíritu libre en toda su expansión. Sin eso continuaremos chapoteando como hasta aquí, una cantidad de muy buenas gentes entre una multitud mucho más grande de espíritus adúlteros cuya mentalidad no sabe comprenderles, y los niños, entre una educación inconsciente y el ambiente ultraautoritario de la vida moderna, serán más viciados por el autoritarismo que sus padres. Entonces, con la ayuda de la mecanización, en algunas generaciones las masas serán obedientes como las masas de las abejas, trabajando para alimentar algunos zánganos, bajo el aguijón de avispa improductivas, estructura autoritaria que superará incluso a la de la colmena.

Es preciso, pues, levantarse y combatir el autoritarismo mucho más directamente de lo que se hace. Es una enfermedad infantil del hombre, como de la humanidad y debe ser expulsada del cuerpo del uno y de la otra. Vuelto así el hombre libre en espíritu, no queriendo ni dominar ni ser dominado, se rebelará con plena conciencia y romperá todos los tramos que, grandes y pequeños, le envuelven y le ligan a un pasado que la ciencia ha vencido ya, pero que el prejuicio, la ignorancia y la fuerza mantienen.

La amplitud, la anchura, la profundidad, la variedad — es eso lo que hace falta, en mi opinión, a nuestra lucha que es verdaderamente la de toda la humanidad en su marcha hacia su humanización. Las cuestiones económicas son duras y apremiantes, sin duda, pero no forman verdaderamente más que una parte de esa gran lucha libertadora y humanizadora que nos incumbe.

2 de diciembre de 1927.

JEAN GRAVE

Para que se realice la sociedad del año 2.000

En otro tiempo, incluso cuando la propaganda estaba en su auge, muchas veces, cuando algunos de nosotros hablaban de lo que debía ser la organización de la sociedad futura, éramos detenidos por camaradas muy sinceros que nos decían: "¿Qué tenemos que ocuparnos de lo que será la sociedad del año 2000! Lo importante es hacer la revolución y, para eso, suscitar revolucionarios. Cuando venga la revolución veremos lo que habrá que hacer. Cuando esté hecha la revolución trataremos de organizar la sociedad futura".

Algunos comprendíamos todo lo que había de falaz en esa afirmación. No siendo la revolución una hada que pudiese, espontáneamente, hacer surgir una sociedad anarquista del viejo orden capitalista; pero esta falsedad estábamos lejos de encerrarla en todo su error.

Yo, por mi cuenta, si decía que, antes de hacer la revolución, era preciso saber cómo debían organizarse en la sociedad nueva a instaurar las relaciones entre grupos e individuos, creía igualmente que, en tiempo de revolución, se encontrarían hombres capaces de obrar como ordenasen las circunstancias.

¿Es que en 1789 no se habían encontrado, por centenares, hombres que, la víspera, eran desconocidos y que supieron superar todas las dificultades y asegurar el éxito de la revolución, sino completo, en gran parte al menos?

Pero vino la guerra, que creó una situación que exigía hombres nuevos para resolver los problemas que entrañaba. Ahora bien, por importante que haya sido esa situación, por urgentes que hayan sido los problemas que promovió, no suscitó ningún hombre nuevo capaz de resolverlos.

Ni un hombre algo por encima de lo ordinario se reveló, ni entre la masa anónima ni entre los que estaban a la cabeza de los asuntos. Ni entre los militantes ni entre los políticos; todos estuvieron por debajo de su misión.

Y si hubo alguna vez una situación en que los revolucionarios habrían podido obrar, exigir de los gobiernos, fué durante los comienzos de ese período, pero ni siquiera de los medios revolucionarios supo elevarse ningún ser excepcional. Nadie, entre ellos, comprendió la situación.

Era, pues, un grosero error creer que las circunstancias más agitadas son capaces de suscitar los hombres capaces de dominarlas.

Además, los acontecimientos subsiguientes debían demostrarnos ampliamente que esa famosa revolución que iba a poner a los revolucionarios en situación, una vez hecha, de organizar a su modo la sociedad de sus sueños, aun victoriosa no podía menos de fracasar, si ellos mismos no estaban de antemano preparados; no sólo por el estudio previo de su funcionamiento, sino por la preparación de antemano de los elementos de esa organización.

Porque para que triunfe una revolución social, no basta haber estudiado cómo será capaz de funcionar, será preciso, en cuanto comience,

tener a mano un principio de organización capaz de sustituir a la organización capitalista que se tratará de destruir.

Y los acontecimientos subsiguientes a la guerra han venido a demostrarnos ampliamente esa necesidad.

En Alemania, en Hungría, la revolución triunfó, pero, por no saber cómo obrar, cómo organizar el nuevo estado de cosas, los revolucionarios debieron dejar subsistir la organización capitalista; y las fuerzas reaccionarias se repusieron y volvieron a capturar el poder.

En Italia los obreros se apoderaron de las fábricas, pero, después de poco tiempo, tuvieron que abandonarlas, porque no supieron cómo proveerse de materias primas ni cómo distribuir sus producciones.

Sólo los bolchevistas en Rusia han logrado mantenerse en el poder, pero bien maligno sería el que pudiera decirnos lo que el pueblo ha ganado en bienestar, en libertad de obrar y de pensar.

El modo de comerciar y de traficar ha quedado el mismo; el dinero sirve siempre de intermediario para los cambios; el salario subsiste como remuneración del trabajo. Son los métodos capitalistas los que rigen las relaciones entre productores y consumidores.

En cuanto al régimen político, se abolió la arbitrariedad zarista, pero se estableció la dictadura del proletariado.

La plaga burocrática es siempre tan poderosa, si no más, que antes, bajo el zarismo. La policía y la misma arbitrariedad pesan sobre la población. Sólo que en lugar de encarcelar y de ahorcar en nombre del zar, se encarcela y se ejecuta en nombre del pueblo.

¡Oh! hay un cambio, no se ahorca ya... se fusila.

Para eso no valía la pena hacer una revolución. Es que una revolución social es mucho más complicada que una revolución política; se bate uno un día, ocho o quince. Más o menos. Se expulsa a los gobernantes, se ponen otros en su lugar y luego las cosas vuelven a su curso.

No hay ninguna necesidad de estar preparados. No se trata más que de saber aprovechar la oportunidad, el momento de remover los pavimentos y de instalarse en lugar de los que se ha expulsado.

Pero en una revolución social las cosas no van así. Es toda la organización económica la que hay que transformar, son cambios completos los que hay que llevar a cabo en las relaciones de los individuos entre sí. Y para conseguir esa transformación es preciso que un pequeño núcleo de la población — los partidarios de la transformación social, en este caso — hayan sido preparados, organizando, entre él, ensayos de agrupaciones capaces de servir de puente entre el viejo orden social y el nuevo. Y eso desde que se desencadena la revolución.

No tenían consigo ningún grupo capaz de sustituir la organización económica capitalista. Podían ser los vencedores, expulsar a los gobernantes, pero toda la revolución quedaba por hacer, puesto que se trataba de transformar el viejo orden de cosas y para eso, no teniendo nada que poner en su lugar, no supieron qué hacer, y su revolución no fué sino una derrota más.

Es que sólo en los cuentos de hadas se operan transformaciones repentinas de las cosas.

Hacer de la distribución de los productos de la tierra y de la industria un cambio de servicios en lugar de una operación comercial; suprimir el factor monetario; hacer común la propiedad de individual que es, eso está por encima de las fuerzas de un gobierno, por fuerte que sea.

Es preciso el golpe de fuerza revolucionaria para dislocar el antiguo sistema, hacer posible la instalación del nuevo, pero es preciso que existan también los esbozos del sistema nuevo.

Las mismas fuerzas revolucionarias serían impotentes para operar esa transformación, si no ha sido preparada antes al crear un germen de lo que deberá ser la nueva organización económica.

No es por decretos, por la voluntad de algunos como se hará la reorganización social, sino por agrupaciones, organizadas con ese fin, que obren en el seno de la masa.

Y esos grupos podemos crearlos entre nosotros desde el presente.

Algunos existen ya; son las cooperativas de consumo. No se trataría más que de llevarlas a encarar su misión posible en tiempo de revolución, y hacerles interesarse por ella.

¿No se podría — es más difícil, pero no imposible — agregarles las cooperativas de producción? Las hay entre los campesinos. Cuestión de propaganda a realizar entre ellos.

Habiendo encarado su nueva misión, les sería fácil, a medida que se desarrollara la revolución, apoderarse de las organizaciones comerciales capitalistas, organizar los cambios sobre nuevas bases.

Pero no hay más que las cooperativas. Podrían agregárseles otros grupos.

Por ejemplo, antes de la guerra camaradas de diversas localidades habían tratado de crear relaciones de cambio para los productos de cada provincia.

Otro camarada había propuesto formar grupos que alquilarían en común talleres en que cada cual de los participantes iría a trabajar en las horas de ocio para producir para ellos mismos objetos de utilidad, sea solos sea en colaboración con camaradas.

Desarrollándose esos talleres se habría llegado a encarar las posibilidades de la producción de objetos para cambiar con los grupos similares.

La ventaja de esos grupos sobre las cooperativas habrían consistido en poder practicar entre ellos el cambio sin hacer intervenir la cuestión de la moneda, en practicar el cambio de servicios sin hacer intervenir la cuestión comercial.

Si eran poco numerosos cuando estallase la revolución social, es de toda evidencia que los grupos serían de poca influencia sobre el conjunto de las relaciones sociales. Pero su creación, tan bien comprendida, podría procurar numerosas ventajas a los participantes, incluso en la sociedad actual.

Procurarse, ante todo, objetos según los propios gustos, las preferencias en lugar de las monstruosidades que la industria vierte en el mercado.

Y además, la posibilidad de procurárselos al trabajar ellos mismos, cosa que les sería casi imposible mediante compra.

Una campaña bien conducida debería llevar a los individuos a interesarse en ese género de propaganda y a ayudar a la multiplicación de esos grupos, anudando relaciones con el campo.

Por no haber sido comprendidas, esas dos tentativas quedaron en el estado de especulación.

No es jamás demasiado tarde para comenzar. ¿Por qué no volver sobre ello?



M. PIERROT:

Reflexiones sobre las relaciones de la moral y de la enseñanza

He oído con sorpresa, en el último banquete de *Plus loin* (el de noviembre), a un camarada, antiguo maestro, declarar con fuerza que la cultura general es inaccesible a buen número de niños y que éstos se evaden con alegría de la escuela que ellos consideran como un presidio. Si he comprendido bien su pensamiento, es preciso dejar la cultura general a algunos cerebros de élite y dar la enseñanza profesional y técnica a los otros. El oficio les enseñará la vida mejor que las lecciones abstractas de una filosofía incomprendida. Es hacia la edad de 13 o 14 años cuando el maestro y la familia chocan en la resistencia tenaz del niño que no quiere continuar perdiendo su tiempo en la escuela. A decir verdad, comprendo la rebelión del alumno: la enseñanza es presentada a menudo de una manera idiota y repulsiva. Pero ¿cómo es que, salvo excepciones bastante raras, los niños de la clase burguesa llegan, a pesar de un cierto descuido, a pesar de una resistencia activa que se manifiesta en efecto sobre todo hacia los 14 años, algunas veces un poco más tarde, a convertirse, si no en águilas, al menos en individuos bastante desarrollados como para tener acceso a las carreras liberales?

Isidín ha tratado de explicarlo. Según su opinión, los hijos de la clase pobre no son sostenidos, estimulados por su familia ni ayudados tampoco cuando pierden a veces terreno. Saben que deben ir a trabajar pronto y se dan vagamente cuenta de que un año más pasado en la escuela no les producirá gran beneficio y no cambiará en nada su condición, mientras que su aprendizaje será retardado otro tanto.

Pienso que hay más. No niego que el móvil del interés práctico entre en juego y suplante el de la curiosidad intelectual, cuidadosamente sofocada por los métodos de enseñanza y por la educación familiar. Se ve en la escuela de medicina a muchos estudiantes desdeñosos de las ideas generales y refractarios a toda enseñanza que no se relacione directamente con la práctica profesional. Protestan contra los exámenes que les obligan a adquirir nociones de fisiología, por ejemplo, o de anatomía patológica. Es verdad que la enseñanza es de ordinario muy mal dada. Pero ese espíritu de utilitarismo estrecho está ciertamente poco desarrollado a los 14 años.

Los médicos han observado que en el momento de los impulsos de crecimiento el niño sufre una crisis de pereza. Es incapaz de dar al mismo tiempo un esfuerzo cerebral sostenido. Notemos que es entre los 13 y 17 años, más o menos, según la raza o el clima o el régimen alimenticio, cuando se tienen los grandes impulsos de crecimiento, al mismo tiempo que se desarrollan rápidamente los órganos sexuales (pubertad) y otros órganos (el corazón, por ejemplo). La pubertad es una especie de mutación orgánica que repercute más o menos enfadosamente y por oscilaciones sobre la

regularidad del trabajo escolar. Los adolescentes sufren en ese período reproches, censuras y sermones morales. La familia se lamenta de su desigualdad. Los maestros declaran que no serán nunca más que obreros, lo que no impide que esos pretendidos inútiles se conviertan después en espíritus distinguidos y a veces notables.

Pero si el desarrollo físico explica las crisis intermitentes de pereza, no explica la rebelión del niño contra la escuela.

Es preciso sobre todo tener en cuenta la mutación mental. La pubertad repercute muy fuertemente sobre la mentalidad, a la que transforma. La madurez de los órganos sexuales es acompañada del desarrollo de la personalidad, lo que se traduce por la necesidad de independencia, a menudo bajo una forma de irritabilidad agresiva o de irritabilidad ansiosa. El "ser mental" del niño se levanta contra la autoridad del maestro y del padre. Uno y otro tienen por efecto empequeñecerlo. Ese trabajo mental es oscuro y se produce en lo inconsciente. La posición de inferioridad en la escuela y en la familia se vuelve insostenible para el adolescente que, en el estado natural (si es que hay un estado natural), podría fundar una familia. Es en ese momento que se ve desarrollar el sentimiento de responsabilidad (como si la familia nueva estuviese a punto de fundarse) y el sentimiento de iniciativa.

Los maestros proclaman que el sentimiento de responsabilidad debería asegurar la asiduidad a la escuela y fortificar la obediencia. Eso es falso. Responsabilidad e iniciativa no pueden actuar libremente más que en el estado de independencia y no en el estado de servidumbre. La escuela actual no da ninguna salida, ningún derivativo, ninguna aplicación a esos sentimientos nuevos. El adolescente, colocado y mantenido en una situación de inferioridad que le parece intolerable, puede hacer una fuga. Eso depende de las ocasiones, y también del ambiente (responsabilidad del maestro (1) o de los padres), de la educación anterior, del carácter del niño y de las reacciones más o menos violentas de su moral. Este acto es más frecuente en los muchachos que en las muchachas. El desequilibrio puede a veces, en ambos sexos, llegar al suicidio. En fin, los adolescentes más tímidos, mejor educados, es decir más obedientes, se refugian a menudo en una especie de "autismo". De otro modo, se repliegan sobre sí mismos, se encierran en sus ensueños.

Se comprende que muchos adolescentes pasen en ese momento (un período variable como aparición y como duración) por una fase de inadaptación escolar. La mayor parte no llegan hasta la fuga, pero algunos abandonan la escuela, lo que es prácticamente bastante fácil en los ambientes obreros. "Puesto que el muchacho quiere trabajar, dicen los padres, bien, es preciso dejarle". Pero

El gusto del estudio puede volver más tarde y el joven lamentará su acto irreflexivo.

En los ambientes burgueses, el adolescente no puede sino raramente abandonar la escuela. Siéntese confusamente (se le repite todos los días) que se rebajaría. Pero se vuelve un carácter difícil, susceptible, irritable, orgulloso o taciturno. Los padres se quejan y refuerzan su autoridad. Los maestros predicen el peor porvenir.

Aquí aun es preciso hacer una distinción. Los hijos de la pequeña burguesía se dan cuenta de que si no triunfan, no saldrán del nido familiar, quedarán en una situación mediocre. Refrenan, pisotean sus necesidades de independencia. Se entregan a una labor asidua. Forman el ejército de los tontos en concurso (2). La explicación de Isidín (ver más arriba) no vale más que para la pequeña burguesía. Los hijos de la clase rica no son determinados en sus reacciones antiescolares por el utilitarismo, al menos ordinariamente.

Los hijos de las familias ricas son caprichosos, pero pueden perder uno o dos años, eso no tiene importancia. Se reponen más tarde y les ocurre que alcanzan a sus camaradas. He conocido el ejemplo de familias acomodadas que por tanteos habían hallado la mejor solución: hacer viajar al adolescente, lo instalan en una escuela de disciplina bastante floja como una escuela anglosajona, donde los deportes están en primera línea y de donde el joven vuelve más tarde con el conocimiento de la lengua extranjera.

Nuestra enseñanza oficial no conviene a todos los niños. Alumnos de inteligencia mediocre, pero obedientes y provistos de una buena memoria, siguen más o menos fácilmente y a veces con buenas notas. Otros, de una inteligencia más fina, menos aplicados, más turbulentos, más independientes, inclinados a gustos artísticos, se dejan desanimar por la enseñanza rebarbativa (y hecha tal por algunos maestros) de las matemáticas o de las lenguas vivas. Se apresura uno a condenarlos como no sirviendo para nada y, en efecto, pueden malograr su vida si no se acude en su socorro, si nadie de la familia es bastante inteligente para volverles a dar confianza, mientras que en realidad pueden hacer hombres de valor con otra orientación intelectual.

Muy a menudo la familia se encarna en la misma vía. Se hace dar lecciones particulares al retardatario, y eso marcha mejor o peor hasta cierto grado. Otras veces, el caso es más grave, se transporta al alumno de liceo en liceo, de establecimiento en establecimiento, sin ningún éxito por otra parte. Sin embargo, yo he encontrado más tarde discípulos de quienes se había desesperado desde el punto de vista moral e intelectual y que habían vuelto a hallar el equilibrio. Está claro que no me refiero aquí más que a casos de atrasados y anormales. Diré algunas palabras más lejos.

Desconfío terriblemente de una organización escolar en que los maestros decidieran del porvenir del niño. Las ostras autoritarias y limitadas podrían malograr así vidas preciosas. Ahora bien, todas las vidas son preciosas, no se trata más que de utilizarlas.

La enseñanza no es dada para una élite. No se da, tampoco, para seleccionar una élite. Se proporciona para dar a todos una cultura intelectual general. El ejemplo de los niños de la burguesía muestra que esa cultura es accesible, con alguna paciencia, a casi todos los niños. Entendámonos

bien. No se trata de charlar a los niños exclusivamente de latín. Se trata de hacerles accesibles las ideas generales y de desarrollar su espíritu crítico, de enseñarles por una parte a analizar, por otra a establecer una síntesis, etc. Para llegar a ese resultado, ¿es preciso emplear las humanidades o bien servirse de los métodos científicos de observación y de experimentación? Sin tratar de resolver este problema, pienso que los métodos pueden ser múltiples y combinarse.

¿Qué pasa actualmente? Se limita uno a enseñar la lectura, la escritura y los primeros elementos del cálculo a los niños de la clase pobre. Muchos más quedan por completo analfabetos. He encontrado de estos últimos en mi escuela de mutilados que eran inteligencias muy por encima del término medio. Formarán el gran ejército de los obreros manuales.

Se da una enseñanza técnica o profesional sin cultura general a los niños de condición mediocre.

La cultura general está reservada a los hijos de la clase burguesa. Esos niños formarán la élite.

Se ve que la inteligencia no entra para nada en la clasificación, aunque pueda volver a tener sus ventajas en el interior de cada categoría.

El rol de la sociedad debería consistir en utilizar lo mejor posible todas las inteligencias. Poniendo a un lado los retardados, los atrasados, los anormales, de que hay que ocuparse, de los que se puede hacer algo, gentes útiles, según el caso, a ellos mismos y a la sociedad, debería darse una instrucción integral a todos los niños y, en la medida de lo posible, una enseñanza "a medida", según las aptitudes.

Yo me levanto contra el proyecto de detener a los niños ante la enseñanza general a que tienen derecho por exámenes de paso. "Exámenes y composiciones, me escribe Paul Reclus, han sido inventados por profesores incapaces de formarse una opinión sobre sus alumnos. Entonces, adelante la máquina de clasificar. Quedan en el pavimento los que salen de la norma — también los imbéciles, lo admito. Pero el examen no es de ningún modo el medio de juzgar de la inteligencia". En cuanto al conocimiento más o menos completo de las materias enseñadas, es imposible a causa del recargo de los programas.

La enseñanza primaria se dirige a niños jóvenes en los que prima sobre todo la memoria. ¿Cómo, al salir de la escuela, se ha de poder juzgar a los que más tarde serán capaces de hacer investigaciones personales? Es imposible saberlo de antemano.

¿Cuántas inteligencias fantasistas, artísticas o imaginativas, podrán ser echadas por los examinadores, incluso en el curso de la enseñanza secundaria, al campo de los reprobados! Sin embargo, es entre ellos, más bien que entre los alumnos obedientes, dotados de una buena memoria y sin espontaneidad, donde se descubrirán más tarde las inteligencias creadoras.

Además, tenemos, como lo he dicho más arriba, la crisis de la pubertad, bien hecha para desorientar los funcionarios de la enseñanza. ¿Qué hacer durante esa crisis.

El scoutismo es, a pesar de todo, una derivación saludable donde la responsabilidad y la iniciativa pueden desarrollarse en un ambiente más libre, si no está militarizado. Habría también que transformar la organización disciplinaria de la escuela. A pesar de las ideas de Rabelais, la mayor parte de los pedagogos ha conservado en

Francia un régimen casi absolutista, ciertamente más cómodo para los maestros sin valor moral, y por otra parte necesario cuando los alumnos son demasiado numerosos. Habría que introducir la libertad en la escuela (véase *Pour l'Ere Nouvelle*, en sus números 31 y 32, con motivo del congreso de Locarno). En los Estados Unidos, los alumnos viven, en clase, bajo el régimen del self-government, es decir se administran ellos mismos, y así se desarrolla mucho mejor el sentimiento de la responsabilidad. Ese estatuto escolar ha sido copiado por los soviets.

Yo pienso, con Paul Reclus, que se podría cortar la enseñanza hacia la edad de 13 años y, durante dos o tres años, hacer participar a los adolescentes, sino a todos, al menos a una gran parte de ellos, en la vida de los campos y de los talleres, no poniéndolos en clases profesionales de aprendizaje con enseñanza didáctica, sino organizándolos en grupos de trabajadores con self-government, por ejemplo en los campos al aire libre (3). Los jóvenes aprenderían allí las realidades técnicas a las que se somete la actividad humana y a darse cuenta de una disciplina impuesta por las cosas, a darse cuenta también de la necesidad del esfuerzo y la cooperación en el esfuerzo. Los campos serían internacionales, quiero decir que se podría aprovechar ese período para el cambio de los adolescentes entre las naciones. Los estudios se reiniciarían luego con una orientación ya más o menos consciente, una curiosidad más precisa, una inteligencia más avisada y tal vez con un espíritu de iniciativa que no podría dar una instrucción puramente libresca.

Se objetará primero que tal programa conduce bien lejos en el tiempo y mucho más allá de la edad de 16 años. Pero es justamente después de esa edad que el espíritu puede abrirse a la cultura general. Antes los alumnos carecen de madurez.

La escuela única hasta los 13 años, incluso llevada hasta los 16, no basta para dar a los niños la posibilidad de un desarrollo provechoso para ellos mismos y, en realidad, para todos. En esas condiciones, la cultura general queda un monopolio de clase, y la escuela única me causa el efecto de un simple bluff electoral.

Se objetará también la pérdida de tiempo escolar, sobre todo si se tiene en cuenta la masa enorme de los conocimientos humanos, que se acrecienta cada día y que los pedagogos amontonan en sus programas. Ahora bien, no se trata de hacer del cerebro del niño una enciclopedia completa, sino de enseñarle el método de cada ciencia y la marcha de sus progresos, aun haciéndole controlar por la experiencia tal o cual conocimiento, tal o cual descubrimiento, sin tener la pretensión de hacerle renovar todos los tanteos del espíritu humano. "Los alumnos, dice J. O. Grandjouan en un número anterior, no aprendiendo ninguna nomenclatura de memoria, no cargándose de ningún conocimiento enciclopédico, recurrirán constantemente a los diccionarios, a los atlas, a las cronologías"...

Al releerme me doy cuenta de que sería útil precisar algunos puntos de mis reflexiones.

He dicho que la cultura general debe ser dada a todos, incluso a los técnicos, es decir que se debe desarrollar en todos los adolescentes una especie de espíritu filosófico, hacer de su cerebro

un instrumento perfeccionado del cual puedan servirse de un modo independiente, sea para hacer más tarde investigaciones personales, sea para juzgar o controlar las proposiciones formuladas por otros o al menos para comprenderlas. Pues bien, esa enseñanza no puede ser provechosa más que con una cierta madurez de espíritu.

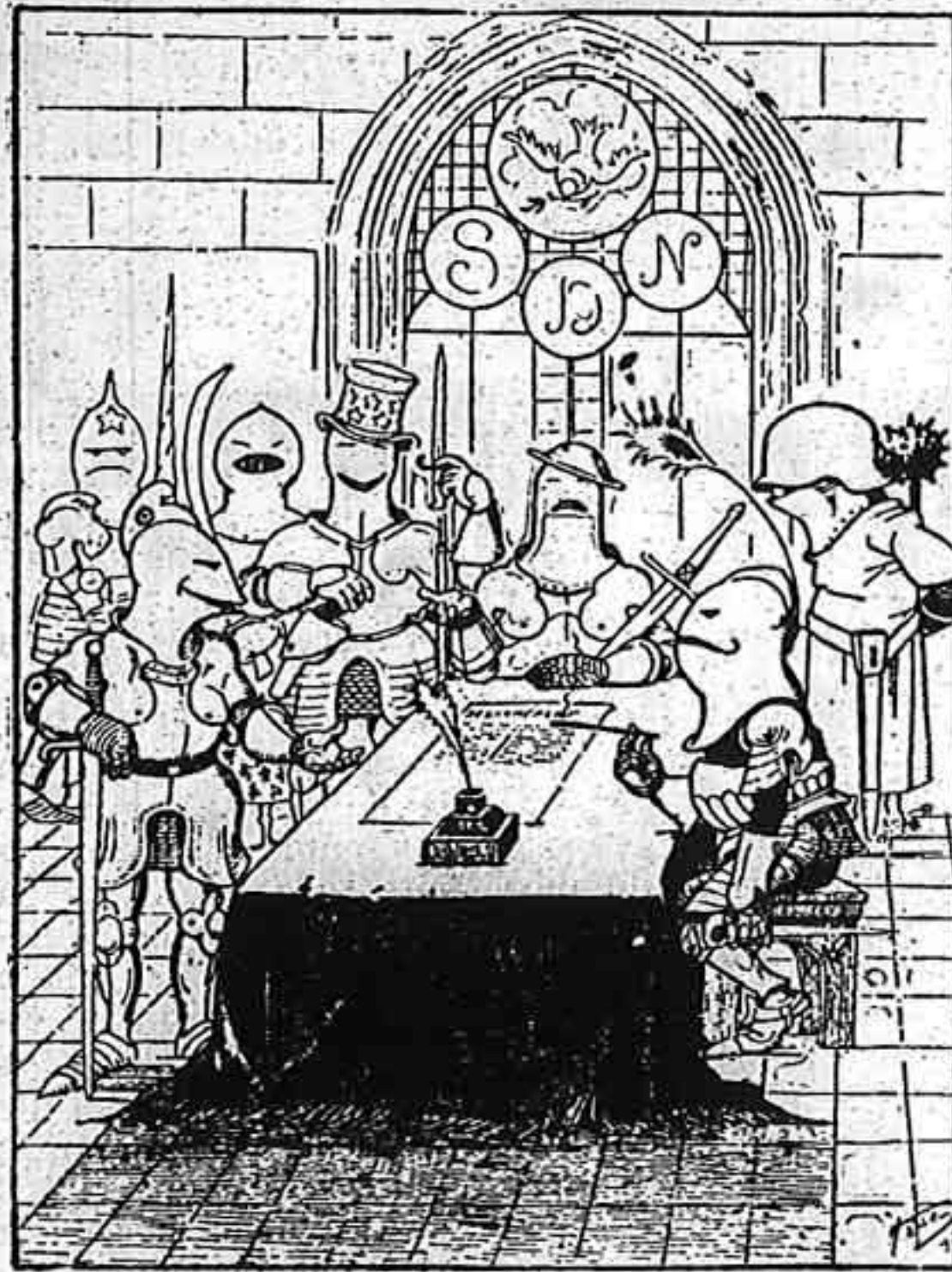
Esa madurez se muestra a una edad variable. Pero pienso que casi todos los hijos de los hombres pueden llegar a ella. El ejemplo de los hijos de los burgueses está ahí para probarlo, lo que no quiere decir que no haya diferencias de inteligencia. Muchos licenciados en derecho o doctores en medicina son de inteligencia bastante mediocre; sin embargo, son capaces de ejercer su oficio.

La gran objeción de los pedagogos es el pataleo, el machaqueo y el disgusto de aprender que son la consecuencia de una cola de clase. Los alumnos perezosos o poco dotados impiden el progreso de los otros alumnos. Ante todo la falta es a veces del pedagogo mismo. Me recuerdo de profesores que nos han hecho bostezar todo un año y no nos han enseñado nada, y de un profesor de cuarto grado que sabía arrastrar la clase entera a un trabajo provechoso. En segundo lugar, el peso de los alumnos menos dotados se haría sentir mucho menos, y habría menos retardados si los alumnos fuesen menos numerosos en la clase. En mi opinión, la gran reforma de la enseñanza sería ante todo no dar más que un pequeño número de alumnos a cada maestro; sin ella, todas las otras reformas carecen de valor.

No quiero decir que no haya que hacer ninguna distinción entre los niños. He dicho ya que debía haber una enseñanza especial para los atrasados y anormales. Los niños retardados, o que parecen incapaces de seguir tal o cual enseñanza, podrían ser agrupados según otro programa. Pero si sus aptitudes intelectuales se desarrollan, si su curiosidad se despierta, habrá que darles la posibilidad de ingresar más tarde en la enseñanza superior. Las familias burguesas consiguen hacer marchar muy a menudo a sus hijos, a pesar de la hostilidad o la opinión desfavorable de los pedagogos.

Una vez más, no quiero decir que todos los





CONFERENCIA DEL DESARME

alumnos deben estudiar latín, ni que todos deben pretender entrar en las carreras liberales. Soy partidario de una enseñanza según las aptitudes de cada niño. Pero esa orientación escolar no debe ser demasiado precoz. ¿Sobre qué elementos se fundaría? No debe, tampoco, ser demasiado especializada. Una cultura general, una cultura liberal es necesaria a todos, incluso a los técnicos. Todos, por ejemplo, pueden interesarse por conocer los orígenes de la lengua, la significación de las palabras, el modo de ordenar un discurso; todos también deben tener nociones precisas sobre la física, la química, principalmente sobre la biología (ciencias naturales) y sus métodos de observación, etc.; todos, en fin, deben tener algún conocimiento de las ideas filosóficas. Esta enseñanza más o menos intensa, según la edad o las disposiciones individuales, no impide una orientación más especializada, más ampliamente especializada.

He opuesto los niños obedientes y asiduos a los niños imaginativos y desiguales. No he querido decir que los primeros son forzosamente inteligencias mediocres, ni que los segundos son genios. El esfuerzo fecunda la inteligencia. Sin esfuerzo la facilidad intelectual no engendra más que diletantes. Pero yo he querido decir, ante todo, que no hay que condenar, como incapaces, a los niños dispados, indóciles, irregulares o sin curiosidad por los programas oficiales, y luego que no hay que recargar a los niños con labores fastidiosas. Se disgusta a los alumnos de todo esfuerzo al suprimir la curiosidad o al emplear métodos autoritarios — lo que no significa que no haya entre los niños tontos o limitados, en el límite del atraso mental, cuyo adiestramiento moral y orientación intelectual deben ser pacientes y exigen algunas atenciones particulares. Pero esos niños son mucho menos numerosos de lo que pretenden los pedagogos.

Me he extendido sobre todo en la crisis de la

pubertad, lo que no quiere decir que es solamente en esa época cuando los niños hacen escapatorias. Muchachos muy jóvenes se fugan para ir a vivir como Robinsones. Pero es principalmente en ocasión de la pubertad y a causa de ella, a causa de la mutación mental que se opera en ese momento y de la necesidad de afirmar la personalidad que se produce en los adolescentes una crisis, sea de rebelión, sea de repliegue sobre sí mismo. "Son muchachos difíciles". Probablemente lo hemos sido todos nosotros de un modo u otro. La crisis estalla más o menos pronto, más o menos tarde, según el carácter del adolescente y según las circunstancias. Toda la benevolencia de una madre, toda la inteligencia de un padre, o viceversa, no consiguen siempre desembrollar las inquietudes, las resistencias, las amarguras, las ambiciones en el alma vaga de un niño, en su subconsciente, se diría hoy. La situación puede llegar a ser dramática con padres limitados o autoritarios y con pedagogos insuficientes.

He dicho que la enseñanza no está hecha para seleccionar una élite. Eso no quiere decir que haya que rebajar las clases al nivel de la mediocridad. Habrá siempre animadores en una clase, a condición de que no sea recargada por la insuficiencia de un maestro indiferente o por la presencia de alumnos demasiado retardados. Una enseñanza general debe permitir a todas las curiosidades desarrollarse. Los mejor dotados se revelarán más numerosos gracias a una instrucción generalizada (4). Es en el curso de la enseñanza superior cuando los intelectuales más aptos adquirirán su expansión. Lo adquirirán ellos mismos, sin que haya necesidad de un esmero especial durante el tiempo de los estudios secundarios.

En fin, en el estado actual de las cosas, los maestros tienen demasiado trabajo. Ante la torpeza de las familias, el recargo de los programas, la apatía de los niños en exceso, su celo es impotente, son obligados a menudo a refugiarse en la rutina y en la indiferencia.

(De Plus loin, París).

(1) *Un mal profesor se place en reprimir la preza de un niño retardado, desigual o indisciplinado, humillándolo públicamente. Eso es más cómodo y parece que la lección debe hacer mejor efecto. En realidad el niño, sobre todo el adolescente puber, no podrá soportar el ser colocado ante sus camaradas en estado de inferioridad. Así se explican, al menos en parte, buen número de fugas. Pero el alumno puede reaccionar de otro modo. Hará frente insolentemente al profesor. Se encaprichará en obrar mal, no tanto por un sentimiento de venganza como para tomar una revancha en el espíritu de los otros alumnos. Será sostenido por una especie de admiración de sus condiscípulos, que se regocian de ese golpe dado a la autoridad a veces despótica, a menudo despectiva o indiferente del maestro. La rebelión se complacerá en su actitud, satisfará su vanidad. ¿Qué importan las reprimendas del profesor o de los padres? El amor propio está a salvo ante los camaradas. Se le cambia de escuela, pero lleva consigo su reputación y su propia mentalidad, una mentalidad adquirida, que no desaparecerá sino más tarde, sea gracias al encuentro muy casual, muy aleatorio, de una influencia bienhechora, sea con la edad.*

(2) *Formarán más tarde la gran masa de los intelectuales — lo que no significa que la inteligencia es el patrimonio de la pequeña burguesía,*

porque esos intelectuales son de valor muy desigual, algunas veces de valor bastante mínimo. No es menos verdad que por razones económicas y morales, es la pequeña burguesía la que da casi todos los trabajadores intelectuales y la que ha sido gracias a ellos, comprendidos los técnicos, el sostén de las civilizaciones. Volvire sobre esto cuando exponga el mecanismo de la desaparición de las antiguas civilizaciones.

(3) *Los alumnos no deberían ser utilizados para hacer trabajos pesados, como lo he visto en ciertas escuelas de agricultura. Además de las gentes del oficio con quienes cooperasen, tendrían el recurso de pedir a especialistas, agregados a esas universidades técnicas, informaciones, explicaciones, exposiciones sobre la materia de sus aprendizajes. Tendrían a su disposición bibliotecas y laboratorios de experiencias, bajo la vigilancia de guías competentes. Se continuaría con conferencias y demostraciones sobre la literatura,*

la geografía económica, etc., pero sin exámenes ni sanciones; se continuaría con el dibujo, la música, la danza, etc., etc. Se trataría, en suma, de ejercer la curiosidad y la actividad de los alumnos sobre los diferentes oficios, haciéndoles conocer directamente, y tal o cual más o menos tiempo, según la elección, aun dándoles el sentimiento (o la ilusión) de una independencia más grande, pero sin quebrantar la vida intelectual del niño. Se trató, en efecto, ante todo, de poder continuar los esfuerzos de cultura general, asociados o no a tal o cual especialización.

(4) *Hay proporcionalmente más intelectuales entre los judíos, no porque sean una raza elegida (no hay raza judía), sino porque la instrucción se da a todos entre ellos, hasta a los imbeciles (y también los hay) y porque el desenvolvimiento del espíritu fué alentado siempre entre ellos. Ningún cerebro bien dotado queda, pues, bajo la janega.*

UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

LA PROTESTA EDITORIAL

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

"La Protesta"

Fundada en 1922

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 ctvos.
Suscripción mensual: \$ 2.50.
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará.— Solicitenses catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)

R. MELLA

LA NUEVA UTOPIA

III

En el orden de las funciones públicas se ha llegado en la "Nueva Utopía" al grado máximo de simplicidad. Todo aquel farrago de complicados mecanismos administrativos y gubernamentales, propios de un estado social desviado de toda lógica y de toda naturaleza, ha desaparecido al par que el sistema mismo que lo hacía necesario. Los servicios comunales se han reducido, cuando no se han anulado por innecesarios. Las relaciones generales se concretan a las puramente económicas y de seguridad y garantía mutua.

La asistencia, la seguridad, la estadística, las comunicaciones y transportes, la enseñanza, son las principales funciones públicas. La limpieza se ha eliminado de los servicios comunales, porque es función privada de cada productor, que la hace mecánicamente mediante un aparato adosado a las viviendas y dispuesto de forma que arroja a los sumideros de absorción automática los sedimentos producidos por la circulación. Además, cada casa tiene su servicio especial de aguas, no sólo para el consumo, sino también para el riego como complemento de la limpieza, y, finalmente, la disposición de las construcciones habitables y de las destinadas al desagüe y desinfección evitan al ciudadano toda otra molestia en este sentido.

La asistencia y la seguridad no están representadas por el hospital y la fuerza, por la limosna y el sable como en otros tiempos. Las asociaciones de medicina y farmacia tienen organizado el primero de estos servicios de modo que en ninguna ocasión ni lugar pueda el ciudadano verse desamparado contra las incorrecciones necesarias de la naturaleza y las enfermedades. Las instalaciones médicas son tan numerosas como demandan las necesidades públicas, y los profesores de esta ciencia se reparten por toda la comunidad prestando generosa y sabiamente su poderosa ayuda al desgraciado. Este servicio se completa con su correlativo, la seguridad. Para organizarla existen agrupaciones dedicadas exclusivamente a la propagación del seguro, y muy frecuentemente las mismas asociaciones productoras la organizan en su propio seno. Cada productor se asegura a sí mismo para lo porvenir por la cooperación mutua, y asociándose, ya tan sólo para este fin, ya para los demás fines de la vida. De esta manera el servicio de seguridad ha dejado de existir por innecesario en el orden social y se ha transformado en el económico, dejando de ser una escandalosa explotación de las necesidades humanas. La previsión se ha desarrollado de tal modo en los ciudadanos, que su culto por este sistema de seguros les fortalece contra todas las irreflexiones y ligerezas del presente, contra to-

da excitación de las pasiones que pueda perjudicarles.

Constituyen la asistencia y la seguridad los dos términos de un principio superior, la solidaridad, que garantiza a todos el tranquilo goce del bien presente y el posible remedio del mal futuro. Cada productor, con un empleo regular de su fuerza, produce, además de lo necesario, un sobrante que, por medio de este principio saludable de la seguridad, le asegura una vejez descansada y placentera. Más aún; supuesta una imperfección física, una inutilidad inesperada, algún mal presente o imprevisto, aquel mismo principio obliga a todos los asociados por igual a garantizar la existencia en identidad de condiciones al desdichado que se encuentra en situación desventajosa para sostener la lucha por la vida. El pacto tácito que constituye a toda agrupación incluye necesariamente esta eventualidad o la refiere a las agrupaciones especiales consagradas a este fin de la seguridad. Lo que cada uno toma es así de su propiedad, de su derecho, y la limosna, la caridad humillante queda desterrada totalmente.

La seguridad social contra el ataque de sus semejantes es innecesaria y sobra asimismo la consiguiente organización de la justicia. El ataque personal, o se reduce a una simple diferencia de apreciación, o proviene forzosamente de un miembro enfermo. En este último caso, la justicia ha sido reemplazada por la medicina, y la venganza individual no tiene razón de ser, del mismo modo que la llamada vindicta pública ha dejado de existir. En el primer caso los ciudadanos ventilan libremente sus cuestiones. Entréganlas generalmente, si hay lugar a ello, a sus amigos y ciudadanos y se resuelve sin violencias ni mutilaciones de derecho. Cada parte ofendida y lastimada elige sus representantes, que, en unión de su representación social, que por lo común determina voluntariamente la agrupación o agrupaciones de que son parte los contendientes, forman lo que se llama el jurado de honor. Y así, sin leyes escritas, sin perjuicios inmorales, sin jueces de derecho, sin jurisprudencias absurdas, cada diferencia queda zanjada de momento, según las circunstancias especiales que en ella concurren, mediante la previa e indispensable conformidad de las partes contendientes, y al propio tiempo, se resuelve el problema de que cada uno se haga justicia a sí mismo y por sí mismo se constituya en una seguridad para la comunión de todos los miembros sociales. Tales son los sencillos términos de la distribución de la justicia.

La organización de la enseñanza ha perdido también su carácter oficial y su uniformidad forzosa. El ideal del preceptor único, del productor universal, de la garantía del Estado, son conceptos desterrados de todas las inteligencias. En la

"Nueva Utopía" menosprecian esas instituciones que suponen incapacidad e insuficiencia de las iniciativas privadas, y así no necesitan del Estado como curandero único, como maestro exclusivo, como productor indispensable, como protector irremplazable. Para la enseñanza, como para las demás manifestaciones de la actividad, bastan las iniciativas particulares asociadas. Los hombres consagrados a la instrucción de la niñez forman fuertes agrupaciones, y asimismo no les falta la cooperación de la mujer, cuya vocación las arrastra a compartir con ellos las penalidades y los grandes placeres de su sacerdocio. Las agrupaciones son tan diversas como son las necesidades de su ministerio y los diferentes métodos aplicados. La enseñanza es común para los sexos, pues seres nacidos para vivir constantemente en mancomunidad de relaciones y de sociedad, deben ser educados también fuera de toda separación irracional. La mujer adquiere así cuantos conocimientos pueda adquirir el hombre y se sustrae a esa inferioridad que por tanto tiempo la ha reducido a la esclavitud y a la servidumbre. Cada familia instruye a sus hijos según lo cree conveniente, y no viene obligada a aceptar una reglamentación común imposible. La difusión de la ciencia ha alcanzado de este modo el más alto grado de extensión posible, hallándose todos iniciados en ella, y teniendo todos, por consiguiente, la aptitud necesaria para su aplicación a las necesidades de la vida, sin que sean necesarios ya aquellos títulos académicos que en la antigüedad constituían un privilegio y que hacían de la Universidad un centro odioso donde, más bien que difundir la ciencia, se daba a los privilegiados la instrucción necesaria para oprimir y explotar a los desheredados. Sólo así ha podido llegarse a los maravillosos resultados de que en otro lugar dejamos hecha mención.

Otro de los más importantes servicios públicos, la organización de las comunicaciones y de los transportes, está encomendado a las asociaciones correspondientes de ferrocarriles, tranvías, vapores y demás medios de locomoción. Ellas dirigen los servicios de telégrafos y postal, a la vez que desempeñan la misión de regular los transportes. Una bien estudiada división de los trabajos, correlativa a la división semejante de agrupaciones, ha hecho excesivamente económicos los gastos de locomoción y comunicación. Ingenieros, maquinistas, electricistas, mecánicos, forjadores, carpinteros, todos los diversos elementos que concurren a esta empresa colosal, forman una inmensa federación, digna competidora de las demás federaciones de la producción y el cambio, la enseñanza y la seguridad, la ciencia y el arte. Mediante este trabajo asociativo se ha conseguido una rapidez y una seguridad en los servicios de locomoción nunca vistas. La inviolabilidad y la regularidad en las comunicaciones han alcanzado un alto grado de perfección jamás imaginado. La digna emulación que preside a todas las funciones, así sociales como privadas, ha dado a este servicio tantos y tan múltiples medios de progreso, que no hay quien no tenga asegurada la circulación y la comunicación gratuitas con sus semejantes, porque gratuito es todo servicio que sólo cuesta la parte alícuota de gastos ocasionados por el mismo.

Y como complemento de este armónico conjunto, las asociaciones de estadística coronan la obra grandiosa de todos los esfuerzos humanos. Estadística de la producción, estadística del consumo,

estadística de la circulación, de la asistencia, de las enfermedades, de la enseñanza; estudio detenido de cada una de estas estadísticas especiales y de las correspondientes manifestaciones del trabajo, indican al productor el camino que debe recorrer con paso firme y le orientan en el inmenso campo de sus operaciones. El "Centro de relaciones y negocios públicos" es el gran foco de este impropio trabajo. Cuantas agrupaciones productoras no llevan por sí mismas el estudio en lo que les atañe particularmente, allí entregan sus datos a la publicidad. Las agrupaciones especiales de estadística recogen estos datos voluntariamente suministrados y los dados a luz por los Boletines de las demás asociaciones, y van formando lentamente el estudio comparativo y general de los maravillosos resultados obtenidos por el trabajo, la enseñanza, la medicina, etc. Estas mismas agrupaciones de estadística publican al día sus trabajos y resumen mensualmente, metodizados y ordenados con arreglo a un amplio criterio científico, los resultados de sus importantes tareas. Hombres eminentes en la ciencia económica ilustran con sus estudios y sus deducciones la obra acabada de esta relación general de la vida llamada estadística.

Las verdaderas leyes de la economía y la sociología son así reconocidas sin gran esfuerzo, y este conocimiento permite a todo el mundo eliminar el error sin violencia.

El inútil mecanismo de los servicios públicos bajo la dirección del Estado ha sido, como se ve, radicalmente transformado. Aquel laberinto de confusiones, elevadas oficialmente a dogmas, a verdades axiomáticas, que imbuían en el error aun a los hombres más eminentes por su ciencia, que extraviaban a la sociedad en un caos de injusticias e iniquidades, aquel laberinto ha desaparecido para dar lugar a la grandiosa obra de la libertad, del trabajo y la iniciativa particular por tanto tiempo atrofiada, por tanto tiempo desconocida en sus virtudes, por tanto tiempo viciada y corrompida por un infeccioso medio social por la fuerza impuesto y por la fuerza mantenido.

¿De qué serviría en la "Nueva Utopía" un ejército armado? ¿De qué una organización del espionaje, de la policía? ¿De qué una organización de la justicia, armada del espíritu de venganza? ¿De qué las instituciones para fomentar las obras públicas, para gobernar la hacienda, para regular los cultos, para mantener las relaciones exteriores? ¿De qué servirían los hospitales, las cárceles, las casas de caridad, de lactancia o de socorro? ¿De qué los institutos y universidades? ¿De qué la farsa ridícula de la diplomacia?

Los ciudadanos tienen en la "Nueva Utopía" un más justo y racional concepto de sí mismos. La fuerza y el espionaje es propio para guardarse de las fieras, no de los hombres. La venganza es cualidad de los dioses, como decían en la antigüedad, y el ser humano está al presente muy lejos de considerarse a la altura de esas representaciones de la pasión desencadenada. El fomento en las obras públicas y el gobierno de la hacienda son funciones para las cuales se basta el ciudadano, sin necesidad de poderes que le suplanten. La regularidad de los cultos es cosa reservada al sentimiento personal, desligado de toda aberración antinatural. Las relaciones del exterior corresponden directamente a los pueblos, puesto que la sinceridad ha sustituido a la diplomacia. Hospitales, cárceles, hospicios, casas de lactancia o de soco-

ro, todo esto pertenece a la categoría de las instituciones creadas por el poder para remediar, en parte, la anulación de la fuerza individual y colectiva. Máscara de la hipocresía gubernamental, ha sido arrancada al destruir el principio mismo de gobierno, de absorción centralizadora. Los institutos y universidades oficiales, creados para fomentar una enseñanza errónea y convencional, dentro de límites estrechos y coercitivos, sobran donde la libertad lo ha invadido todo. La enseñanza no puede ni debe organizarse como un cuartel o un convento.

Buscad la relación entre el presente y el pasado, y apenas percibiréis el rastro de lo que fué. Una inmensa relación de continuidad media entre el ayer y el hoy. Esta solución de continuidad tiene un nombre: revolución. Y es por esta revolución que se ha verificado tan inmenso cambio, no sólo en el orden de la vida pública, si que también en el de la privada. Todo se ha modificado: principios de sociabilidad, de economía, de justicia; producción, cambio y consumo; ciencia, arte y trabajo; enseñanza, asistencia, solidaridad. Las costumbres de los pueblos en el orden moral han sufrido una profunda perturbación. Ya no intervienen en la constitución de las familias ni el cura, ni el juez, ni la ambición, ni el engaño. El amor preside a todas las uniones; la libertad las realiza. El hombre libre y la mujer libre, se aman y se unen. Fórmulas de ritual: cada uno adopta las que quiere. La intervención del padre y del amigo, del conciudadano, más que impuesta, solicitada, suelen acompañar a estas solemnidades de la vida. Es, si se me permite la palabra, y aunque suponga retroceso, una costumbre patriarcal. La mutuality de afectos basta a resolver todas estas cuestiones. Las costumbres sociales determinan, mejor que las leyes y sus imposiciones, los modos y formas de consagrar lo que por el amor está previamente consagrado. Las necesidades de la estadística pueden quedar satisfechas sin la intervención de un registro oficial impuesto. Nacimientos y defunciones son, como la constitución de la familia, datos que todo el mundo suministra de buen grado.

Que hay rozamientos, disgustos, diferencias, indudablemente. La "Nueva Utopía" no es una ciudad de ángeles sino de hombres. ¿Pero acaso faltaban aquellos en el sistema anulado por la revolución? ¿Acaso no eran más en número y más profundas las diferencias, los dispendios? No es dado al hombre suprimirlas, sino evitarlas y remediarlas. La libertad bien puede reemplazar a ese organismo inútil, y más que inútil, perjudicial. Están de su parte todas las ventajas. ¿Qué importa si no puede evitar o eliminar algunos inconvenientes sugeridos por la naturaleza misma?

La "Nueva Utopía" es un pequeño bosquejo de la sociedad humana. Sin límites, sin fronteras, se ha extendido por todo el mundo la buena nueva. Quedan algunos rincones sin conquistar, rezagados en el movimiento progresivo de la sociedad en general. Son cristalizaciones que atestiguan una edad pasada. De Norte a Sur, de Oriente a Occidente el mundo se ha regenerado. Razas y pueblos se han fundido en una Confederación universal, ligados por la identidad de sentimientos, de aspiraciones y de intereses.

Acaso esto no es más que el período constituyente de la revolución; acaso los elementos sociales tienden a constituirse definitivamente y de modo permanente en virtud de los nuevos princi-

pios practicados. Las sociedades son como las reacciones isotérmicas de la química, que por sí mismas se verifican y forman cuerpos complejos, permanentes, en tanto una nueva fuerza, un factor nuevo no viene a provocar reacciones necesarias a estados más complejos de la materia.

Pero, sea de esto lo que quiera, la "Nueva Utopía" se encuentra de lleno en el principio de la Justicia, y por este principio subsiste y progresa. Allí todas las fuerzas concurren al fin común de la felicidad humana. Las luchas de la religión y la política no empeñan ya a los hombres en guerras fratricidas. La plenitud de los derechos, consagrada por la libertad, hace imposible todo choque violento de afecciones e intereses.

¿Qué puede inquietar a los moradores de la "Nueva Utopía"?

La revolución es su origen; la Justicia su fin. Pueblo regenerado, emancipado por tan potente esfuerzo, no se dejará arrebatar su preciosa conquista. ¿Quién puede, por otra parte, tener interés en ello? Cantemos, pues, nuestra victoria; cantemos la gloriosa transformación que nos ha legado una generación de héroes; cantemos la posesión indestructible de la nueva idea. Los principios eternos de la renovación, de la revolución, nos aseguran el presente y el porvenir.

Trabajar, cambiar, consumir, estudiar, gozar, vivir, en fin, en la más lata expresión de la palabra, es nuestra aspiración común. Progresar perfeccionarse, nuestro constante anhelo.

¡Venid, negras sombras del pasado, a arrebatarnos esta nuestra conquista! ¡Venid a sumirnos de nuevo en los horrores de la preocupación y el fanatismo! ¡Venid a destruir esta obra grandiosa de la más imperecedera de todas las revoluciones!

Aquel mundo prometido en regiones etéreas por los interesados en mantener el cautiverio aquí abajo, ya no nos seduce. ¡Vuestro mundo mejor, embaucadores de la humanidad, nos lo ha dado la misma revolución que os ha destruido!

¡Cómo nos reímos de vuestras paparruchas teológicas; cómo nos deleitan vuestros pasatiempos espirituales; cómo gozamos con vuestras cabriolas políticas!

Nuestro presente ha roto por completo con vuestro pasado. No intentéis invertir la dirección del mundo. Todo marcha hacia adelante, sin mirar hacia atrás, sin cuidado del que perece aplastado por el gigante de la revolución. Pequeña piedra colocada sobre el rail, será aplastada por la potente locomotora en su veloz carrera.

¡Mártires de la revolución, héroes del ideal que os atrevisteis a luchar con el coloso de la tiranía, levantaos y admirad vuestra obra! ¡Seres generosos que supisteis sacrificar vuestras vidas por la libertad de vuestros hijos, gozaos en vuestro intento! ¡Utopistas de ayer, que esforzados periclisteis por vuestra idea, venid y contemplad vuestros sueños realizados!

El impetu ciclónico de la revolución ha barrido los miasmas del pasado y el sol esplendente de la libertad alumbró al mundo.

La humanidad, alborozada, grita del uno al otro confín: ¡Eureka, eureka!, y prorrumpen en exclamaciones de alegría y canta unida himnos de gloria a la revolución grandiosa que ha roto todas las cadenas y ha derribado a todos los tiranos.

"Nueva Utopía" feliz, el mundo te saluda y reverencia al fin, porque eres la verdad realizada,

LEDA RAFANELLI

LA GRAN "KRUMIRA"

Mientras los cien y más obreros de la fábrica volvían al trabajo después de la comida, otros hombres de blusa salían. Eran extraños al establecimiento, y habían ido allí a llevar en un carro los pedazos de una gran máquina adquirida por el patrón: una máquina de nuevo modelo.

Al encontrarse con los obreros, los mecánicos les dijeron:

—Ella está ya en la sala... ¡Veréis qué compañera fuerte! Os ayudará en el trabajo con aquellos brazos de acero templado!

En la sala, vastísima, cubierta de fardos y de cajones con lana y punto tejido, de otras pequeñas máquinas próximas a las paredes, la máquina grande imperaba, luciente y nítida; con sus astas de acero bruñido, los rodajes barnizados de negro, las garras brillantes, como prontas a aferrar. Muchos hombres la rodeaban: el mecánico que había acabado entonces de montarla, el dueño, con el rostro satisfecho, el maquinista que debía atender a su manejo, un obrero y dos obreras anémicas que observaban con curiosidad aquel coloso de acero y de hierro.

—Sería preciso probarla, dijo el patrón.

La campanilla de la reiniciación del trabajo no había sonado aún, todavía con el bocado en la boca, volvían separadamente, hablando.

Todos hicieron coro alrededor de la máquina nueva. El mecánico estaba todavía allí. El maquinista hizo andar el motor, subió presto sobre el banquillo, hizo girar una rueda, cercada por un ancho volante...

Y ligera, silenciosa, con movimiento rápi-

eres el sueño ideal conquistado. En tí convergen todas las virtudes desconocidas de la naturaleza humana; en tí se compendian el supremo bien, la suprema dicha; en tí viven en armónica bienandanza todas las potencias, un tiempo adormecidas, de la justicia, de la bondad, de la felicidad humana. Tú eres principio, medio y fin de todas las cosas; tú eres la expresión acabada de la nueva vida; tú eres la luz, la razón, la ciencia, la naturaleza, la justicia; tú eres la verdad universal por todos acatada.

¡Gloria a la humanidad que te da vida! ¡Gloria al hombre que te realiza! ¡Gloria a la libertad que en tí alienta!

¡Gloria inmortal al nuevo mundo!

do y regular como un poderoso batir de alas, la gran máquina comenzó su vida de producción.

—Es maravillosa — exclamó el patrón, contento.

El trabajo se acumulaba en los recibidores, que iban y venían sin tregua. Las dos obreras anémicas observaban las pequeñas manos de hierro lucido.

—Parece imposible que puedan trabajar mejor que éstas — dijo una de ellas, mirándose las manos.

Habían parado la máquina y todos hablaban. El patrón dijo en alta voz al administrador:

—Da una economía increíble. Esta máquina, guiada por sólo cuatro hombres, hace el trabajo de cien...

Había dicho esa frase impensadamente, pero un obrero que había escuchado exclamó:

—¿Y nosotros?

Se miraron mudos y pálidos. El patrón alargó los brazos. No era malo, no les habría echado a la calle sin nada y todos a la vez... se vería...

Pero la mirada que los obreros echaban a la máquina se encendía de odio y de cólera... Una cólera loca y furiosa al pensamiento del porvenir... Jornadas de hambre y de miseria... niños llorando, humillaciones continuas, peregrinajes dolorosos, de puerta en puerta... de fábrica en fábrica... Trabajo, trabajo!

¿Qué era lo que pedían? ¿La buena vida, el ocio, la riqueza? No... Trabajo, solamente trabajo!

¿Y los compañeros habían dicho que trajeron una grande y fuerte compañera? No, ellos habían traído en cambio una gran krumira.

La campana había sonado y todos volvieron a su puesto. Algunos no habían acabado el pedazo de pan negro... Las obreras pálidas, al pasar junto a la máquina nueva, la miraban con desprecio.

Una tristeza grave pesaba ahora en la fábrica. Los rostros estaban pálidos por un

dolor solemne y sombrío. La cólera se había apaciguado. Pensaban. Aquella máquina, fabricada por otros trabajadores, llevaba el luto a sus corazones, el ocio forzado de sus músculos... Pero si aquella máquina hubiese sido de todos, en común, en lugar de un amo solo... ¡Oh, entonces!

El mecánico se había ido con la cara dolorida... El dueño, un poco triste también él, se inclinaba de hombros.

—Sí, también a mi me desagrada por estos pobres muchachos. Pero ¿qué hacer? Las condiciones de la industria me obligan a tomar las máquinas.

Y la gran krumira imperaba allí, en medio de la sala, con sus curvas correctas, fuertes, con los brazos de acero luciente... parecía respirar... Los rodajes giraban vertiginosos, libres, metódicos, como el tiempo...

Y el tiempo solo, corriendo hacia el porvenir, por la voluntad de los obreros pálidos a causa del hambre, traería el día en que las grandes krumiras del trabajo se convertirán en las grandes compañeras del trabajador.

EMMA GOLDMAN

El drama moderno: Un poderoso propagador del pensamiento avanzado

Mientras el descontento y la inquietud se forman y se manifiestan entre los límites de una sola clase, las rachas reaccionarias podrán sofocar, con frecuencia, esas manifestaciones. Pero cuando esa sorda inquietud se acrecienta poco a poco y se convierte luego en una expresión casi universal, forzosamente afectará a todas las fases del pensamiento y de la acción de los humanos, tratando de exteriorizarse, individual y socialmente, en la gradación de los valores existentes.

Para apreciar con cierta exactitud la tremenda extensión de esta moderna inquietud social no bastaría basarse en una literatura de propaganda de carácter teórico. Mucho mejor es ponerse en contacto con un radio de expresión más amplio, que abarque las diversas disciplinas intelectuales, entre ellas la literatura y el arte y, sobre todo, el teatro, que es el intérprete más intenso y de más vastas proyecciones de ese profundo e insatisfecho anhelo.

¿Qué eficaz vehículo representan los simples cuadros de Millet para despertar la conciencia de ese descontento! Las figuras de sus campesinos son por sí mismas una terrible acusación contra los males sociales; males que condenan al hombre al manejo del arado en una desesperanzada labor que lo excluye de hecho de las bienandanzas de la naturaleza.

LA TRILLA

Mientras la tarde inclina su cabeza,
caleando tu talón en las costillas
sudadas del petizo,
boyerito, silba.

Y gana con silbidos tu mendrugo
arreando por los bajos la tropilla.

Lejos, allá,
encima de un rastrojo que calcina,
la trilladora ronca
con el mismo zumbir de tantos días,
su lúgubre canción. Y muchos hombres,
vencidos por el sol y la fatiga,
mugrientas bestias sudorosas, tratan
de saciarle su vientre con gavillas.

Gavillas llenas de pepitas rubias
que aplacarán del rico la codicia
y serán su pan blanco, mientras ellos,
la carne despreciada y sometida,
han de gemir sus noches invernales
hambrientos por las vías...

Pero tú, proletario del mañana,
ignoras la tragedia de la vida;
arrea tus caballos

y si'ba alegre, boyerito, silba!
P E D R O G O D O Y

Meunier, el escultor belga, con su visión es quien concibe la creciente y amenazadora solidaridad de clase, al reunir un grupo de mineros que conduce en sus brazos a su hermano herido o mutilado. Su genio supo retratar — por así decirlo — la secreta relación existente, en los arrestos de una fermentadora inquietud entre esos esclavizados en el seno de la tierra y la rebelión espiritual que busca exteriorizarse artísticamente.

La literatura moderna no es tampoco un factor desdeñable para suscitar estados de alma de rebelión latente, — ya sean sus representantes Turgenev, Dostoyevsky, Tolstoy, Andreiev, Gorki, Whitman, Emerson y muchos otros autores que dan forma visible al espíritu de universal descontento y a las confusas aspiraciones de cambios sociales.

Pero aun de mayor alcance resulta el teatro moderno como una constante levadura de pensamientos de tinte radical y avanzado y como diseminador de nuevos valores morales.

Puede parecer una exageración adjudicarle al teatro tan preponderante rol. Pero si se estudia el desarrollo y el progreso de las ideas modernas en la mayoría de los países, se comprobaría que el teatro logró exponer, encarnar grandes verdades sociales y otras verdades generalmente ignoradas cuando fueron presentadas bajo

otras vestiduras. No hay duda que existen excepciones, como pueden ser Rusia y Francia.

En Rusia, debido a la terrible opresión política, la gente fué obligada a recogerse en sí misma y, por ende, se desarrolló su facultad de pensar, lo que produjo una corriente de simpatía social a causa del enorme contraste que existe entre las clases intelectuales y el pueblo y el régimen despótico que desea aniquilarlas. No obstante, las grandes obras de teatro de Tolstoy, de Chejov y de Andreiev, siendo un fiel reflejo de las luchas, de las aspiraciones, de las esperanzas del pueblo ruso, todas ellas no ejercieron la misma influencia en las tendencias avanzadas, como sucedió con el teatro en otros países.

Sin embargo, ¿de qué modo se podrá negar el poderoso influjo ejercido en el común sentir de la gente, con el "Poder de las Tinieblas" o "La Posada Nocturna"? Tolstoy, un verdadero cristiano, es asimismo uno de los más grandes enemigos del cristianismo. De mano maestra traza un cuadro aleccionador de ese poder de las tinieblas, o sea la superstición de la Iglesia cristiana.

¿Con qué otro medio pudo expresar, con más dramática fuerza, la responsabilidad asumida por la iglesia por los crímenes cometidos con las innumerables víctimas que engañó? ¿Y de qué otro medio pudo valerse para despertar la indignación en la conciencia del hombre?

Una acusación semejante existe en "La Posada Nocturna". Los parias, detritus social, forzados a la pobreza y al crimen, todavía tratan de aferrarse al último vestigio de esperanza y de sus galvanizadas aspiraciones. ¡Fracasadas existencias, doblegadas y rotas por el ambiente!

Francia, por lo demás, con su incesante lucha por la libertad, es ciertamente la cuna de las tendencias avanzadas; es por eso que tampoco ella necesitó del teatro como un medio repulsivo... Asimismo los trabajos de Brieux: *Robe Rouge* (La Toga Roja), retratando la terrible corrupción judicial; "Les affaires sont les affaires", de Mirbeau, pintando los deletéreos efectos del bienestar en el espíritu, es una forma de exponer el pensamiento que, no hay duda, abarca un radio más vasto de divulgación que todos los artículos y libros que se pudieron escribir en Francia sobre las cuestiones sociales.

En países como Alemania, Escandinavia, Inglaterra y aun Norte América — aunque en menor grado — el teatro es el vehículo que realmente hace la historia, difundiendo ideas avanzadas que, de otro modo, no podrían ser expuestas, ni divulgadas.

Por lo pronto, tomemos a Alemania. Casi durante un cuarto de siglo los pensadores, hombres de ideas, de una gran integridad moral, dedicaron todo el trabajo de su vida a propagar las verdades de la fraternidad humana, de la justicia entre los oprimidos y los caídos. El socialismo, el torrente revolucionario, fué para las víctimas de un inhumano sistema de vida, como un baño primaveral que les infundía nuevos alientos y esperanzas. En cambio, las clases cultas permanecieron indiferentes e impermeables ante ese gran fenómeno social; para ellos, la marea revolucionaria sólo significaba el murmurar de los insatisfechos, de los descontentos, de los iletrados, de los peligrosos, de los agitadores, quienes, todos juntos, no merecían otra cosa que ser encarcelados.

Con la pedante suficiencia de los cultos, no pu-

dieron comprender que se hiciera tantas alharacas acerca de miles de seres que se mueren de hambre — aunque contribuyen al bienestar del mundo. Rodeados de lujo y de todas las comodidades imaginables, no podían creer que al lado suyo viviesen criaturas humanas en una degradación peor que las bestias, sin techo y cubiertas de harapos, sin esperanza y sin ambición.

Este estado de cosas resaltaba con más singularidad, particularmente después de la guerra franco-prusiana. Ensimismada en la jactancia de la victoria, Alemania se engolfó en una literatura sentimentaloides, patriotería, intoxicando a la juventud con los sueños de gloria y de conquistas y de masacres en los campos de batalla.

La vida intelectual de Alemania tuvo que refugiarse en la literatura de los otros países, en las obras de Ibsen, de Zola, de Daudet, Maupassant y especialmente en los trabajos de Dostoyevsky, de Tolstoy, de Turgenev. Pero como un país no puede mantener un alto nivel cultural sin una literatura y un teatro propios, relacionado con su vida contemporánea, Alemania empezó a crear gradualmente un teatro que reflejaba las existencias y las luchas de su pueblo.

Arno Holz, uno de los jóvenes dramaturgos de este período, se inició con una pieza *Familie Selike*, que hubo de promover un gran revuelo entre los filisteos. La obra trata de los detritus de la sociedad, hombres y mujeres que viven constantemente en la calle y subsisten alimentándose de lo que encuentran entre los desprecios y la basura. Un argumento teatral un poco truculento. Sin embargo, ¿qué otro método se puede adoptar para que entre la verdad en ciertas cabezas y en las almas de gente que nunca supo lo que es el hambre y la miseria y por eso presume que todo está perfectamente organizado en este mundo?

Sería ocioso decir que esta pieza levantó una tormenta de indignación. Las verdades expuestas eran un poco amargas para los que vivían en la Quinta Avenida de Berlín.

No es que la *Familie Selike* fuese algo extraordinario que no se hubiese escrito ya antes, logrando idénticos resultados literarios. Pero el talento dramático de Holz, así como la poderosa interpretación que tuvo la obra, le hizo obtener una más grande resonancia, obligando a la gente a meditar sobre las terribles desigualdades de que se halla rodeada.

Los dramas de Suderman *Ehre* (El Honor) y *Heimat* (Magda) tratan también de temas vitales. Ya me referí anteriormente al sentimentalismo patriótico que le había subido a la cabeza a la mayoría de los alemanes, infundiéndoles así una falsa concepción del honor. Entonces los duelos se hallaban a la orden del día, costando numerosas vidas. Contra ese caprichoso concepto de la honra, surgió un grito de admonición y protesta entre los escritores de ideas más avanzadas. Pero nada fué más eficaz y disolvente para esa epidemia nacional que la pieza de Suderman: *El Honor*.

No es que esa obra se refiriera solamente a la manía de los duelos, sino que analizaba el significado esencial del honor, comprobando que no era un sentimiento fijo, nato e inamovible sino que variaba con cada pueblo y con cada época, dependiendo particularmente de cada etapa de la vida social y económica. Se desprende, pues, del argumento de esta pieza, que un hombre, en esta especie de casa cerrada a cal y canto, defina el

honor que será diferente para cada una de sus víctimas.

La familia Heinecke se halla bajo la protección filantrópica del millonario Mühlring y él le permite que ocupe su casa de campo, en ausencia de un hijo de aquella, Roberto. Este, como empleado y representante del ricacho, se halla en la India, acumulándole una vasta fortuna. A su regreso descubre que su hermana fué seducida por un hijo de su amo, quien le ofrece 40.000 marcos para arreglar el infortunado asunto. Roberto se resiente por el insulto inferido al honor de su familia e increpa indignado al millonario y éste resuelve despedirlo por insolente. Entonces Roberto le lanza a la cara de este presunto filántropo estas palabras de amarga acusación:

"¡Nos esclavizamos por ustedes, nos sacrificamos hasta agotarnos miserablemente en el trabajo, mientras que seducen a nuestras hijas y hermanas, para que luego bondadosamente intenten remediar sus desdichas con el oro que nosotros les hemos ganado! ¡A esto, ustedes le llaman honor!"

Incidentalmente se habla de la concepción del honor por uno de los principales personajes, el conde Trast, un hombre muy versado en las costumbres de varios climas y razas, quien relata que en uno de sus muchos viajes casualmente se encontró con una tribu de salvajes, los que se consideraban mortalmente ofendidos si se les rehusaba, junto con la hospitalidad, los encantos de la mujer del jefe.

La obra *Magda*, trata de la lucha entre las viejas y nuevas generaciones. Asunto que ocupa un lugar permanente en la literatura teatral.

Magda, la hija del teniente coronel Schwartz, cometió un pecado imperdonable: rechazó el pretendiente que le escogiera el padre. Por haberse atrevido a desobedecer el mandato de sus mayores, se la arroja del hogar. Magda, llena de vida y de un pronunciado espíritu de independencia, se va por el mundo para regresar a su ciudad natal después de doce años, convertida en una famosa cantante. Ella consiente en visitar a su familia con la condición previa que se respete su pasado. Pero su padre, hombre eminentemente práctico, comienza a molestarla con sus *derechos paternales*. Magda se indigna, mas su progenitor insiste tanto que llega a conocer la tragedia de su vida. Sabe las relaciones amorosas que ésta mantuvo con el respetable consejero von Keller en sus días de estudiante, cuando ella bregaba por independizarse social y económicamente. La consecuencia de este fugaz romance fué un niño, a quien el padre abandonó antes de nacer. La marcial rigidez del padre de Magda, exige de von Keller la reparación de la falta, legalizando esa aventura amorosa. En vista del éxito social y profesional de Magda, el consejero se siente bien dispuesto a acceder a ese pedido, con la condición que ella abandone el teatro y coloque el niño en un orfanato o en una institución. La lucha entre lo viejo y lo nuevo culmina con estas palabras retadoras de Magda: "Les diré lo que pienso de ustedes — ustedes que constituyen la muy respetable sociedad. ¡Yo sería mucho peor si prolongara mi existencia entre ustedes, valiéndome de una mentira! ¿Para qué quiero este oro que recubre mi cuerpo, ni el blasón y el lustre que rodea mi nombre, si esto no hará sino acrecentar mi infamia? ¿Acaso no trabajo, hace ya más de diez años? ¿Acaso no tejí este vestido durante

muchas noches de insomnio? ¿Y mi carrera no fué construída paso a paso, al igual que muchas otras como yo? ¿Por qué me he de ruborizar ante nadie? Yo soy yo, y por mis propias obras llegué a ser lo que soy".

El tema general de *Magda* — la lucha entre las viejas y nuevas generaciones — no es novedoso ni original. Previamente fué desenvuelto magistralmente por Turgeniev en *Padres e Hijos* al describir el advenimiento de una nueva época. Mas, aunque artísticamente inferior al trabajo del novelista ruso, *Magda* — presentando a uno de los dos sexos en el despertar de su nuevo derecho — logró ser un poderoso factor revolucionario, principalmente por haber sido expuesto en la tribuna de un teatro.

Un dramaturgo que no solamente hubo de ser un pregón de ideas radicales, sino que literalmente revolucionó a la Alemania del pensamiento, fué Gerardo Hauptmann. Su primera obra teatral fué "*Vor Sonnenaufgang*" (Antes del Amanecer), la que, rechazada por todos los principales directores de compañías, pudo, finalmente, aparecer en escena en el teatro *Lessing*. Fué como un relámpago que iluminara todo el horizonte social. Su argumento trata de los grandes latifundistas iletrados, ignorantes y de sus esclavos, del mismo calibre mental. El influjo embrutecedor del bienestar material en ambos, en la víctima y en el amo, se hace resaltar con los colores más vívidos en sus consecuencias de embriaguez, de idiotez y degeneración. Pero la parte más saliente de *Vor Sonnenaufgang* es cuando se suscita la cuestión sobre los padres corrompidos y degenerados, quienes conciben hijos, sin preocuparse ni por un instante por la salud de éstos.

En la segunda representación de esta pieza uno de los cirujanos más conocidos de Berlín causó un gran escándalo al enarbolar sobre su cabeza un par de *forceps*, gritando a voz en cuello: "La moralidad y la decencia de Alemania pronto habrá de hallarse por los suelos, si desde el tablado de un teatro se empieza a discutir abiertamente el nacimiento de nuestros niños".

El cirujano ha sido olvidado, mientras Hauptmann quedó ante el mundo como una de las emblemáticas figuras literarias.

Cuando *Die Webers* (Los Tejedores) fueron llevados a escena por primera vez, se produjo un verdadero *pandemonium* en la tierra de los poetas y de los pensadores. Los moralistas chillaron: "¡Cómo, los trabajadores, esos inmundos, esos esclavos apareciendo en la escena como personajes! ¡La pobreza en todos sus horrores y su repugnante fealdad ha de sernos escanciada como una diversión, después de cenar! Esto es ya demasiado!"

En verdad, era demasiado para esa obesa y rechonchona burguesía que se le enfrentara con todos los horribles y miserandos episodios de la existencia de los tejedores. Era demasiado para ellos porque la verdad y la realidad sonaban como un trueno en los sordos oídos de esa sociedad de satisfechos, en su *J'accuse!*

Era natural que en esa metrópoli todos supieran, antes que se publicase ese drama, que no se puede engordar sin devorar el producto del trabajo ajeno, que el bienestar no puede ser atesorado sino a través de los conductos de la pobreza, del hambre y del frío; mas esas cosas es mejor relegarlas a la obscuridad, sino las víctimas pueden despertar, comprendiendo cuál es su situa-

ción. Pero ese es el propósito del drama moderno, elevar la conciencia e infundir una nueva fe en los oprimidos para que reaccionen contra sus opresores. Y este también fué el objetivo de Hauptmann, al pintar la vida de los tejedores de Silesia. Estos seres humanos, que trabajaban dieciocho horas diarias no ganando siquiera para pan y combustible con que calentarse; seres humanos condenados a vivir en desportilladas y sucias chozas cubiertas de nieve y sin más que trapos para protegerse del frío; niños de tierna edad con escorbuto debido al hambre y a la debilidad; mujeres preñadas, con la tisis prendida a los pulmones. Las víctimas de la benevolencia de esta época cristiana, sin ánimo para vivir, sin esperanza y sin abrigo. Ah, sí, toda esta exhibición de las asquerosas lacras sociales era demasiado para esa burguesía alemana.

La versatilidad del talento dramático de Hauptmann, le habilitó para la trasposición a la forma

(CONCLUIRA)

Guilda de Amigos del Libro

LISTA DE AGENTES

La idea está en marcha y todos los días se inscriben nuevos socios. Lo que ahora hace falta es que los suscriptores sean constantes y que los agentes hagan su recorrido mensual en las respectivas localidades para la cobranza de las cotizaciones, la inscripción de nuevos socios, la anotación de los libros que hemos de remitir a los miembros, etc.

He aquí la nómina de los agentes:

- Rosario. — Joaquín Penina, calle Salta 1581. — J. R. Forteza, Cabral 132.
- Santa Fe. — Francisco Aragón, 25 de Mayo 3114.
- Coronel Vidal, F. C. S. — Eugenia Changorst de Calvo.
- Bahía Blanca. — José M. Pardo, 14 de Julio 448 (V. Mitre).
- Jujuy. — Teófilo M. Gutiérrez, S. Pérez 139.
- Córdoba. — Raúl Hauser, Rondeau 475. — Joaquín Merino, Maipú 179.
- Morón. — Vicente Lucero, Belgrano 871.
- Concordia. — Ramón Congost, Colón 499.
- Carhué. — Antonio Arrieta.
- San Cristóbal (F. C. C. N. A.) — José Llovio.
- San Pedro de Jujuy. — Roberto Riscov, Sarmiento N.º 8.
- Bell Ville. — Florencio González, E. Ríos 340.
- Temperley. — G. López Méndez, Anchorena 342.
- Tandil. — G. Comerón, San Martín 299.
- Balnearia (F. C. C. N. A.) — I. Rojas.
- Salto Argentino. — Ambrosio Lacruz, Leandro N. Alem 142.
- Pergamino. — Teodoro Suárez, Guido 138.
- Uriburu. — Francisco B. Arana.
- Gral. Roca. (Río Negro) — Alberto Doucet.
- Balcarce. — Salvador Gómez, Calle 6, N.º 695.
- Avellaneda. — Biblioteca "Voluntad", Colón 333.
- Berisso. — Stellos Fotinos, Río de Janeiro 4206.
- Catamarca. — Bartolomé Reina, Tucumán y Ma-te de Luna.

artística de cualquier estadio de la vida social. Aparte de haber sabido retrotraer, de manera magistral, los lacerantes efectos de las condiciones económicas, se aplicó a exponer la lucha del individuo en el logro de su libertad mental y espiritual, desprendiéndose de la esclavitud de los convencionalismos y de la tradición. Así Heinrich, el forjador de campanas, en la obra dramática, poema en prosa, *Die Versunkene Glocke* (La campana sumergida) fracasa al intentar alcanzar los picos de la libertad, porque, como dice Rautendelein, vivió mucho tiempo en el valle. Lo mismo le sucede con el Dr. Vockrath y Ana Maar, quienes se convierten en almas solitarias por carecer de fuerzas para derrotar las veneradas tradiciones. Pero asimismo la tragedia de sus existencias despiertan, de rechazo, el espíritu de rebelión contra un mundo que continúa ahorrando la emancipación individual y social.

- Tres Arroyos. — Valentín Calvo, Chacabuc 501.
 - Mendoza. — Cosme Marín, Federico Moreno 1829.
 - 25 de Mayo (F. C. S.). — E. Martínez, Call 31 y 15.
 - Curumalán. — Gilberto Otero.
 - Tornquist (F. C. S.). — Rafael Barrios.
 - San Rafael. — Antonio Rubio (Pueblo Nuevo).
 - Bolivar. — Marcelino Alonso, Fonda Internacional.
 - General Pico. — Fernando Lorenzo, calle 25, número 846.
 - Tigre, Victoria y San Fernando. — J. A. Martínez, Cazón N.º 201 (Tigre).
 - Morón. — Vicente Lucero, calle Belgrano 871.
 - Villa Castellino. — Santos López, Pozos 1683.
 - Lanús. — Mariano González.
 - Santos Lugares. — Francisco Quinta, calle Rosario 1702.
 - Salliqueló (F. C. O.). — Rómulo Rossi.
 - Rolón (F. C. S.). — Hilario de Diago.
 - Añatuya. — Santos V. Rearte.
 - Puerto Mar del Plata. — José Ujaldón, Sucursal de Correos N.º 2.
 - Cuz del Eje. — R. Moya, Moreno 524.
- Los que deseen asociarse en Buenos Aires, todas las noches, excepto los sábados, serán atendidos en Perú 1537, de 20 a 22 horas. También pueden dirigirse por carta a Benigno Mancebo, calle Perú 1537.

MONTEVIDEO (URUGUAY)

- En Paso Molino y La Teja: Alfredo Portela, Benito Riquet, N.º 8 (Pueblo Victoria).
- En Reducto y adyacencias: Luis Moreno, Magallanes 1267, y en el local del Centro "Reformarse es Vivir".
- En el Centro "Manuel Núñez", Maldonado 1134.

GUAYAQUIL (ECUADOR)

- Rafael T. Aguirre: Gral. Córdoba 310. (Entre Padre Aguirre y Juan Mentalvo).

Para Buenos Aires hemos formado una lista provisoria de compañeros e instituciones a quienes confiaremos la cobranza y la distribución de libros por barrios. De esta manera pensamos normalizar en breve la vida de la organización.

UN ACTO PUBLICO

En la primera quincena del mes de marzo, la Guilda de Amigos del Libro realizará un acto público de propaganda, cuya fecha exacta y local comunicaremos en su oportunidad por medio de la prensa, sobre este tema: "La concepción revolucionaria de la cultura y la significación del libro".

Harán uso de la palabra los compañeros B. Aladino y Florentino Giribaldi. En nuestro diario daremos en su oportunidad los detalles del caso. Por primera vez llevaremos así al gran público nuestro programa de cultura. Invitamos a los socios de la capital a llevar el mayor número de conocidos y de simpatizantes a ese acto.

POR LOS MIL SOCIOS

Hemos dado la palabra del libro mensual y la cumpliremos cuando tengamos los mil cotizantes mensuales de que hemos hablado siempre. Y según parece, es muy posible que no ha de pasar mucho tiempo sin llegar a esa cifra y a pasarla. Tenemos ya más de mil carnets pedidos, en manos de agentes en las diversas localidades. Confiamos que esa cifra de carnets será colocada con creces.

Que cada compañero y miembro de la Guilda haga en el círculo de sus relaciones un pequeño esfuerzo y antes de mayo tendremos la cantidad de socios necesaria para cumplir regularmente con nuestra promesa.

Por no estar al corriente de algunas prácticas, del correo y de la administración, hemos incurri-

do en algunas deficiencias que nos costaron la pérdida de algunos carnets, estampillas y hasta libros, originando así un cambio de correspondencia duplicado que aumentan nuestros gastos, amén de los inconvenientes. Todo eso lo hemos ido subsanando y poco a poco creemos que nuestras relaciones con los miembros serán más regulares y perfectas.

Por los primeros meses al menos, mientras llegamos a la necesaria cifra de miembros, rogamos a los compañeros de las localidades del interior y del exterior, el envío de las estampillas para el franqueo de los libros deseados. De ese modo podremos desenvolvernos mejor e ir amortizando los gastos hechos para la impresión de carnets, circulares, estampillas, etc.

Nuestro pensamiento para el futuro consiste en dar por un peso mensual cada vez más material de lectura, a medida que aumenten los socios de la Guilda, pues cuanto más numerosos sean los socios más económica resulta la edición de las obras y por tanto más material puede darse por la cantidad estipulada ahora. No constituimos una organización comercial, sino una asociación productora de libros, que no tiene más gastos que los gastos de impresión, de correspondencia y de correo, pues lo demás se hace voluntariamente. Por tanto estamos en mejor situación que nadie para atender a esta rama de la cultura y de la elevación intelectual del movimiento obrero revolucionario si los compañeros y amigos de la Guilda desarrollan en cada localidad la debida energía para la consecución de nuevos miembros.

NUEVAS ADHESIONES COLECTIVAS

Entre las nuevas adhesiones de organismos colectivos figuran las siguientes: Soc. de Obreros Panaderos (San Pedro de Jujuy), S. Obreros en Dulce (Buenos Aires), Biblioteca "El Porvenir" (Santa Fe) S. de Mozos, autónomo (Santa Fe).



BIBLIOGRAFIA

A. Katz: *Social insurance in the USSR*. Moscú, 1927, 50 páginas.

A. Katz: *Protection of Labour in the USSR*. 33 págs. Moscú, 1927.

I. Resnikof: *Trade Union Organisation in USSR*. 65 págs. Moscú, 1927.

Estos últimos folletos son editados por el comité de relaciones exteriores del Consejo central de las organizaciones obreras rusas. Se encuentran interesantes detalles e informaciones estadísticas sobre la situación del proletariado ruso desde el punto de vista oficial.

Francisco Negreiro Rinaldi: *Un grande escándalo bancario*. Historia documentada de un infame robo de 29 mil contos de reis, perpetrado pelo pseudo Banco Francez e Italiano para a América do Sul, contra a firma F. Rinaldi e Cia. Vol. I, 400 págs. 8°. San Paulo (Brasil).

Como su título lo indica, se trata de una de esas manipulaciones financieras dolosas y muy corrientes en la alta banca. La profusa documentación de uno de los damnificados nos muestra cuál es la ética de los grandes tiburones financieros.

Silverio S. Suárez: *Situación material y moral de los maes-*

Alex. Stern: *Die Gekreuzigten*, Revue in 6 Bildern aus den Tagen osterreichischer Schlachtfeste. Verlag Erkenntnis und Befreiung, 24 págs. Viena.

Una obrera antimilitarista que se desarrolla en tiempos de la guerra mundial en el ejército austriaco.

A. Katz: *Unemployment in the USSR and the struggle against it*. Moscú, 1927, 31 páginas.

tros. Alianza de los trabajadores manuales e intelectuales para los fines de la cultura y la justicia social. 24 págs. 1928.

Lumen, revista ateo subversiva (mimeografiada), año 2, núm. 2, febrero de 1928. Cleveland, Ohio.

"*Kokushokus einen*", órgano militante de los anarquistas japoneses (mensual). N.º 15, diciembre de 1927, Tokio, Japón.

Kosaku-nin (El campesino), órgano mensual del movimiento anarquista campesino. Hon-go (Tokio).

"*Veglia*", anarchica mensile. Año 2, núm. 8. Noviembre de 1927. París.

Este número está dedicado a Sacco y Vanzetti.

Acción Directa. Edición de los deportados, emigrados anarquistas e I. W. W. de Chile, número 50. Buenos Aires, febrero de 1928 (calle Loria N.º 1194). Continúa su publicación en esta forma el órgano de los I. W. W. de Santiago de Chile.

La Obra, N.º 5. Santa Fe, febrero de 1928.

Plus loin, mensual, N.º 34, París (enero). Redacción: M. Pierrot, 2, rue des Haudriettes, París (3).

Albert Mathiez. *La Révolution française*. Vol. III. Ed't. Librairie A. Colin, París, 1922-1927, Fr. 27.

Ha salido hace poco el tercer volumen de esta nueva historia de la revolución francesa. El autor, Mathiez, durante muchos años no ha hecho más que dedicarse a los estudios sobre la gran revolución, y ha tenido el encargo de un curso de historia sobre el argumento en la universidad de París. Por lo que sabemos ha publicado el presente libro sólo como resumen de una obra mucho más vasta en preparación. Sus estudios le han llevado a compilar una historia más completa que las precedentes, habiendo podido utilizar una infinidad de documentos que hasta aquí eran desconocidos todavía o menospreciados.

Por eso la obra de Mathiez adquiere una notable importancia. Yo la he leído con vivo placer e interés, como por lo demás me ocurre siempre que cae en mis manos un buen libro sobre ese interesante tema. La historia de la revolución francesa, no sólo por su dramaticidad, sino por haber sido la iniciadora de la civilización contemporánea, en la que están contenidos en embrión todos los progresos políticos y sociales realizados después y aquellos mismos que todos nosotros quisiéramos realizados en un próximo futuro, es siempre un asunto de estudio lleno de interés y de utilidad práctica desde el punto de

vista revolucionario, y por tanto de actualidad. No hay que maravillarse, por consiguiente, de que toda nueva obra sobre aquel importante período histórico tenga siempre un cierto éxito. La de Mathiez, además, lo merece de modo especialísimo.

Esta nueva historia de la revolución francesa tiene el gran mérito, desde nuestro punto de vista, de no hacer consistir todo el hecho histórico en lo que pasó en París y en alguna otra gran ciudad, o en la Corte, en la Comuna, etc. Al contrario, a menudo sobre los hechos que son bien conocidos de todos, de carácter (diremos así) oficial, pasa sin detenerse, señalándolos con pocas palabras. Mathiez se extiende más bien sobre los aspectos ignorados de la revolución, sobre los hechos populares y sociales menos conocidos, que tuvieron por teatro los pequeños centros y los campos; y saca a relucir el substratum económico y social, y al mismo tiempo el psicológico en las masas anónimas, que los Thiers y los Michels habían descuidado o no habían visto siquiera.

Ha seguido el ejemplo de nuestro Kropotkin, y en muchas cosas repite lo que Kropotkin había observado y dicho ya; aunque su juicio coincide sólo en parte y en parte, en cambio, hay fuerte disensión. Pero la orientación de las investigaciones tendientes a sacar a la luz la parte que el proletariado tomó en la revolución, me parece aproximadamente la misma. Es en cierto modo esta historia una "historia crítica" que no acepta de ningún modo los viejos clichés, sino que quiere rehacerlo todo desde el comienzo, observando los preconceptos ajenos. Es sabido que algo de semejante quiso hacer en su tiempo, el primero, Taine, pero con un fin evidente de desacreditar la revolución, en sentido reaccionario y con una documentación deficiente, confusa y parcialísima. El método, con intenciones honestas y más vastas, fué tomado también por Kropotkin después y por Jaurés; y ahora Mathiez lo amplía más, ensanchándolo con otros documentos y con todos los estudios detallados más recientes.

He dicho más arriba que el juicio del autor sobre los hechos de la revolución en parte colinda con el de nuestro Kropotkin y en parte diverge de él; y diverge radicalmente. Colinda, especialmente en los primeros dos volúmenes, mientras Mathiez pasa en reseña y enumera los orígenes y los determinantes de la revolución en el seno del antiguo régimen después sus desenvolvimientos a través de las revueltas parisien-

ses, de las provincias y de los campos, sobre las cuestiones de la guerra, de la crisis financiera, religiosa y dinástica, sobre la parte representada en la revolución por la Constituyente y por la Legislativa, sobre la posición de la Comuna de París, sobre la política de los girondinos, etc. Disiente en cambio el juicio de Mathiez del de Kropotkin sobre la valoración del jacobinismo, de la política de Robespierre y sobre el Terror.

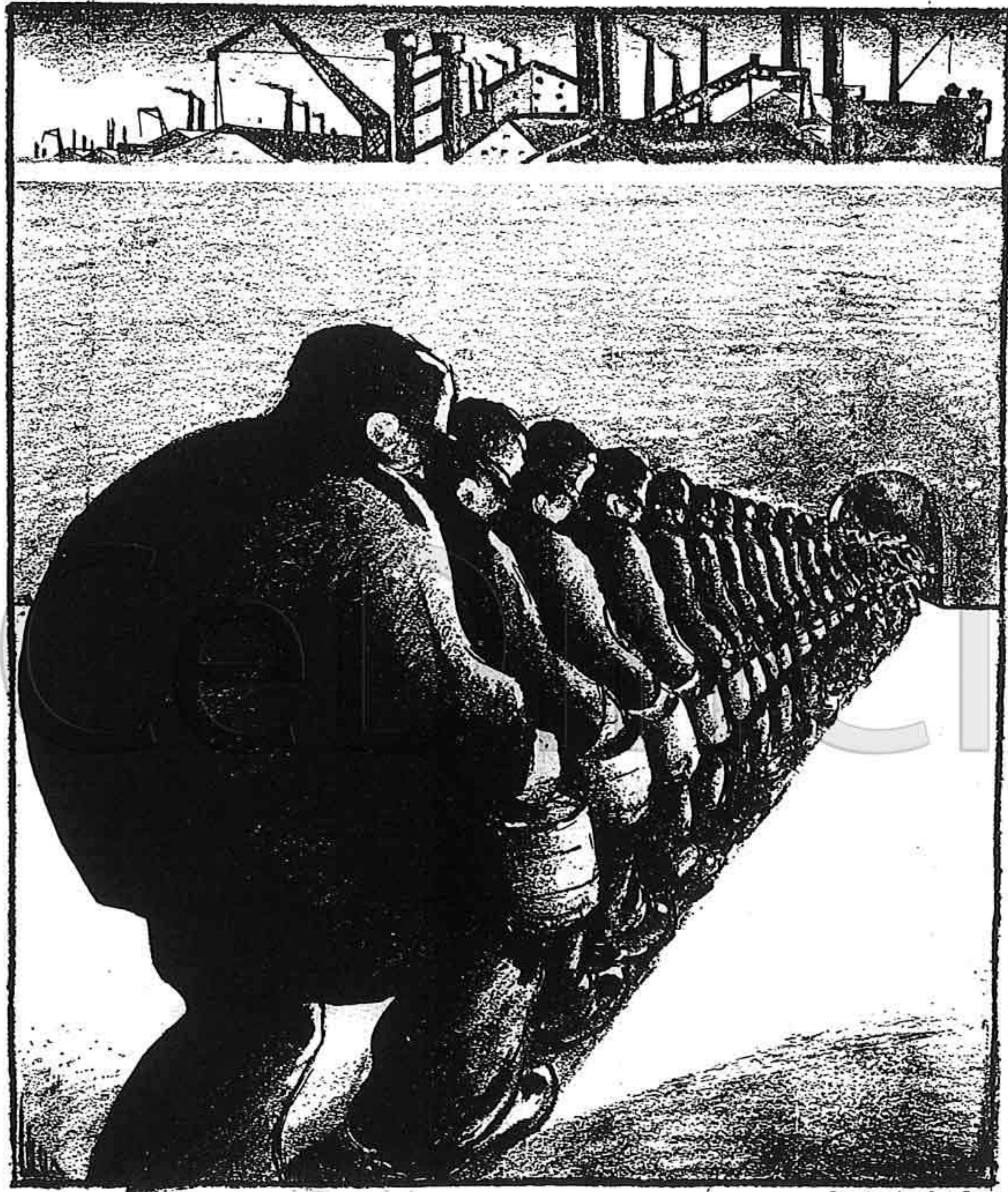
Mathiez es un admirador de los jacobinos, un robespierrista, un apologista del Terror. Es la parte más débil, por ser parcial, de esta historia de la revolución. El autor defiende apasionadamente a su héroe y la política de éste, incluso aquellos aspectos de ella que menos defendibles son. No vé que el autoritarismo dictatorial de Robespierre y de los suyos fué quien mató la revolución, lo que preparó todos los elementos de la reacción del Termidor, que triunfó después que el terror había cansado y disgustado a la gran masa de la población.

En el afán de defender la política dictatorial de Robespierre, Mathiez presenta mal a Danton, y a muchos otros personajes de la revolución, entre ellos la fracción más avanzada de los herbertistas, a Clootz, a Chaumette, etc. Y lo hace dando en pocas palabras juicios cortantes, que deberían ser y no lo son, apoyados por hechos concretos y probados. Al leer esta parte de la historia de Mathiez, el pensamiento vuela, por estrecha asociación de ideas, a la Rusia actual; y casi se diría que, al hacer la apología de la dictadura de Robespierre Mathiez subintende la apología de Lenin. Lo cierto es que contra todos los opositores de Robespierre, Mathiez emplea un lenguaje muy parecido al de los actuales bolchevistas oficiales, sea contra los mencheviquis, sea contra los socialistas revolucionarios de la izquierda, los anarquistas y, más recientemente, contra los comunistas mismos de la oposición.

Es inútil decir lo que tendríamos que objetar a tal lenguaje. Habríamos de repetir cosas que hemos dicho millares de veces; y por lo que se refiere más estrictamente a la revolución francesa y al Terror, no haríamos más que traducir algunas páginas admirables de la "Idea de la revolución en el siglo XIX" de Proudhon, en donde el "padre de la anarquía" demostraba lo que hemos dicho ya: que la dictadura de Robespierre le abrió a él mismo el camino del cadalso y a Francia el camino de la reacción termidoriana y después bonapartista.

Luigi FABBRI.

El capitalismo industrial



Drawing by Art Guro

La desocupación proletaria es una tragedia, pero también lo es el trabajo para el capitalismo